

FCHX
EOM

K

FCHX
EJ

SANTA ANNA COMO MILITAR



EN DE VERANO



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

Tesis presentada por
el alumno Walter McCarty
Langford a la Facultad
de la Escuela de Verano
de la Universidad Nacional
de México. Agosto de 1937.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	<u>Páginas</u>
I. Introducción	1
II. Carácter de Santa Anna	5
III. Santa Anna en la Guerra de la Independencia	15
IV. Iturbidista.....y anti-Iturbidista	31
V. Buscando el Poder y la Gloria	51
VI. El Benemérito de la Patria	67
VII. Disfrutando de la Gloria y del Poder	75
VIII. Texas..... San Jacinto..... Desastre	83
IX. La Guerra de los Pasteles	108
X. Presidente..... Dictador..... Desterrado	114
XI. La Guerra con Estados Unidos	120
XII. Conclusión	128
Bibliografía	132

INTRODUCCIÓN

Desde hace varios siglos se ha visto en el bello país de México un exceso de guerras, de revoluciones y de sublevaciones. Antes de la llegada de los españoles había lucha constante entre indio e indio, y de todas las tribus indígenas era la de los aztecas que salió más triunfante. Vinieron los hombres de Cortés para iniciar la guerra entre indio y español que tuvo por consecuencia la subyugación de los naturales. Entonces reinó la paz por casi tres siglos enteros, hasta que el cura Miguel Hidalgo y Costilla precipitó con el "Grito de Dolores" la Guerra de la Independencia, en la que combatieron indios, criollos y españoles contra las fuerzas realistas, entre las cuales contaban también gran número de indios y criollos.

Desde el año 1810 la historia de México va casi ahogada por las innumerables batallas entre mexicano y español, entre mexicano y francés, entre mexicano y Norteamericano y, desgraciadamente con más frecuencia, entre mexicano y mexicano. No se puede calcular los daños y los perjuicios que estas guerras continuas han traído sobre el país. Basta decir que, al momento de

la terminación del dominio español, México pudo contemplar el porvenir con sentimientos de orgullo, de esperanza y de seguridad. Y con mucha razón. La Nueva España había sido la flor del imperio español. Ahora, como nación libre e independiente, ¿por qué no había de ser el pueblo más importante, más culto y más poderoso del Nuevo Mundo? La solución de la historia infelicitísima de México independiente se encuentra en el temperamento ambicioso y egoísta de sus políticos y de sus militares, y también en la falta de preparación de parte del pueblo para gobernarse.

Si hubiera habido en México en 1821 un Jorge Washington y otros líderes dispuestos a cooperar para el bienestar de la nación, podría ser muy distinto y mucho más feliz y admirable el desarrollo de la historia del país. Pero no había en México ningún Washington; había, al contrario, un Iturbide, un Santa Anna, un Gómez Farías y otros muchos políticos del mismo género. Resultado: en vez de ocupar un lugar muy alto y honrado entre las naciones de este hemisferio, México sufrió contiendas y tiranías que frustraron toda esperanza de gloria y de mejoramiento.

Durante la época cristiana han surgido en

México muchos militares de gran fama: Cortés el diplomático, Alvarado el impetuoso, Guerrero el persistente, Morelos el caudillo de la independencia, Bías el dictador, Villa el increíble, Obregón el venturoso, y muchos otros, tales como Iturbide, Calleja, Miramón, Zapata. Destacamos por fin al General de División Antonio López de Santa Anna, seguramente el más ambicioso y el más derrotado y el que trajo sobre la patria los más grandes desastres, humillaciones y confusiones. A pesar de esto, o quizás debido a esto, Santa Anna es el más interesante y enigmático de todos los militares de México.

No obstante sus muchos fracasos y graves faltas, Santa Anna siempre va considerado como gran militar casi por todas partes y particularmente por los Estados Unidos. Y es natural eso. Él se mantuvo en la silla de poder y se impuso por fuerza sobre el pueblo por más de treinta y cinco años, durante los cuales era reconocido jefe del partido del militarismo. Además, era Santa Anna el que encabezó la expedición en contra de los rebeldes tejanos en 1835-36 y una década más tarde el mismo Santa Anna trató de defender a su patria de la invasión norteamericana.

Pero caen en error las personas que representan a Santa Anna como general triunfante y glorioso, porque no lo era. Un escritor norteamericano ha llegado hasta el punto de escribir una biografía titulada Santa Anna, el Napoleón del Oeste. Les gusta a otros denominarle "el Napoleón del Sur" y "el gran general mexicano."

Esta disertación tiene por objeto demostrar, por medio de una consideración bastante detallada de sus campañas, sus batallas y su estrategia, que el extraordinario y prolongado poder de Santa Anna sobre el pueblo mexicano no se debió a ningún talento como líder militar sino a una personalidad fascinante y a un genio de aprovecharse de cada oportunidad para engrandecerse. Indicaré que él era bien ignorante de las cosas militares y que sufrió más derrotas que cualquier otro de los grandes militares de México. Lo maravilloso es que, a pesar de todo esto, logró preservar su poder, su vida y su prestigio como militar.

Para hacer una biografía completa de Santa Anna, sería necesario escribir varios tomos, puesto que sería igual a componer una historia política y militar de México de 1810 a 1865. Los límites de esta disertación demandan que solo se consideren los hechos militares del hombre.

Antes de emprender la obra de estudiar su vida militar, parece indispensable examinar el carácter de Santa Anna. Para comprender y apreciar muchas de las acciones de este personaje es preciso formar buen entendimiento de lo que era y de los motivos que le impulsaban. En el análisis del carácter de cualquier persona, por lo general es mejor buscar las opiniones de sus contemporáneos -- sus partidarios, sus enemigos y sobre todo los observadores imparciales y sin prejuicios. Pero, con respecto a Santa Anna, esto casi es imposible. La dificultad es que pocos de sus contemporáneos podían mirarle con indiferencia. Todo el mundo le vió o como demagogo o como héroe nacional.

Sin embargo, vale la pena oír las palabras del contemporáneo don Lucas Alamán, el muy respetado historiador y político conservador. En el último tomo de su Historia de México habla así: "Conjunto de buenas y malas cualidades; talento natural muy claro, sin cultivo moral ni literario, espíritu emprendedor, sin designio fijo ni objeto determinando; energía y disposición para gobernar, oscurecidas por graves defectos; acertado en los planes

generales de una revolución o de una campaña, o infelicitados en la dirección de una batalla, de las que se ha ganado una sola."¹ Volvamos a escuchar la voz de Alarcón en otras dos citaciones. "Santa Anna es sin duda uno de los más notables caracteres que presentan las revoluciones americanas."² "La historia de México desde el período en que ahora entramos (1832), pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Anna. Ya promoviéndolas por sí mismo, ya ya tomando parte en ellas excitado por otros; ora trabajando para el engrandecimiento ajeno, ora para el propio; proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando a un partido para oprimirlo y acomodarlo después y levantar al contrario, teniéndolos siempre como en balanza, en nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del país, y la suerte de éste ha venido a enlazarse con la suya, a través de todas las alternativas que unas veces lo han llevado al poder más absoluto, para hacerlo pasar en seguida a las prisiones y al destierro."³

Veamos ahora el juicio de don Ignacio Manuel Altamirano, encontrado en su Revista histórica y política. "Ese hombre, digno de estudio, cuya

1. Alarcón, Historia de México, V, 633.

personalidad vemos, por desgracia, mezclarse en todos los acontecimientos de la historia de México desde 1821 hasta 1855, es decir, por cerca de medio siglo, y que pagó por seguir figurando más tarde, aunque en vano, es el ejemplar del Proter político y del ambicioso audaz y descarado más completo que pueden presentar los annales de un pueblo destrozado por las revueltas..... Para él las convicciones políticas no importaban nada. El poder a toda costa; tal fué el programa de su vida entera. No puede negarse, ciertamente, que prestó algunos buenos servicios a su patria.....pero basta una ligera reflexión para comprender que estos servicios fueron eclipsados enteramente por la descontentada ambición que le hizo mantener en una agitación constante a su país..... Sobre todo, cualesquiera que hayan sido los antecedentes patrióticos del general Santa Anna, ellos quedaron manchados con su conducta injustificable en su última dictadura de 1853 a 1855, durante la cual México giró en la más triste servidumbre. Fué esa una dictadura grosera y salvaje, sin una sola tendencia generosa, sin un fin elevado, sin un motivo patriótico."

dinámico, aparatoso e irresponsable, nacionalista y folklórico, logrero y romantición, intolerable e indispensable, bien merece un libro, que por los cuatro costados saldría gustoso, pintoresco y mejicanísimo".⁴ En este libro leemos también esto acerca de las Memorias de Santa Anna: "Estas memorias, sembradas de mentiras y de llantos, de exclamaciones y de cursilerías, de perennes interesantísimos y de ingenuidades egolátricas, son como para morirse de risa. Yo las leo cuando estoy tedioso, y me resultan tan curativas como el mejor humorista."⁵ El mismo Sr. Jureco dice que Santa Anna es "prototipo del hombre sin principios ni escrúpulos."⁶

Rafael F. Muñoz en su obra Santa Anna habla de "su actividad incansable, sus dotes brillantes de organizador, sus ardides ingeniosos y eficaces, su resistencia física de centauro joven."⁷ Y el Sr. Muñoz le hace otro tributo: "Ha demostrado que es, además de un militar diestro, astuto negociador que parece que ve venir los acontecimientos y que de todos sabe sacar partido."⁸

4. Jureco, Un siglo de México, p. 129.
5. Ibid., p. 129.
6. Ibid., p. 113.
7. Muñoz, Santa Anna, p. 23.
8. Ibid., p. 27.

Hablando el Sr. don José Vasconcelos de Santa Anna, dice que "representa este hombre despreciable todos los vicios de la casta militar dedicada al gobierno y no a la defensa de la patria."⁸ Otra vez citamos al mismo célebre literato: "Las persecuciones, los motines, el desorden administrativo, los préstamos forzados, el derroche personal de toda clase de fondos, la apropiación descarada de caudales para hacerse de fincas y para pagar sus vicios de jugador y de enamorado, tales son los rasgos de lo que no dejan de llamar administración de Santa Anna."⁹

El afamado historiador norteamericano Bancroft tiene esto que decir de Santa Anna: "Desde sus primeros años, aun como muchacho de escuela, Santa Anna manifestó una disposición pendenciera. Después se hizo apasionado. Le gustó ver la prosperidad de su patria, si él mismo la causó, pero le faltó la habilidad necesaria para lograrla o para mantenerla. Además, gastó la mayor parte de su tiempo en placeres, siendo adicto a la disipación de cada forma. A pesar de estas propensiones, le gustaron muchísimo los honores y el dinero. Santa Anna no gozaba ni de prominentes rasgos cívicos ni de profundas convicciones políticas; por lo tanto le vemos Presidente de la República ora bajo el sistema federal, ora bajo

el sistema central y, por último, como dictador. La Naturaleza le había implantado el don de la energía, pero lo usó sólo cuando sirvió sus objetos. En cuanto a su consciencia, era elástica y paralizada a la vez, nunca perturbándose a causa de cosas que habrían distraído bastante a otros hombres.¹⁰

El Sr. Wilfrid Hardy Callcott, en su nueva biografía saguifera de Santa Anna comenta así: "Santa Anna simbolizó la ambición militar, pero en su corazón amó su patria. Claro que confundió el bienestar de la patria con el suyo, pero no obstante lo así. Con mucho más consistencia pudiera hacerse otro Porfirio Díaz, pero sus antecedentes eran distintos de los de Díaz. Su patria habría sufrido una época turbulenta si no hubiera vivido él. Bajo las circunstancias y su carácter tempestuoso irritado por su aprendizaje en la guerra fronteriza, las consecuencias eran casi inevitables. Y el Todopoderoso, con su onisciencia, se contentó en dar a este hijo del destino una personalidad maravillosa, una energía formidable y un cerebro vivo, pero, por razones inescrutables, no le dió la rueda catalina y así le dejó oportunista."¹¹

10. Bancroft, History of Mexico, t. V, p. 139.

11. Callcott, Santa Anna, pp. 314-15.

No vale la pena de citar las opiniones de otros críticos, a pesar de lo fácil que sea extender la lista ad infinitum. Tenemos el mismo efecto con pocas o con muchas citaciones. Hay unos que defienden a Santa Anna con ardor; hay muchos que le condenan severa y completamente. Pero no es cosa muy difícil hacer un sumario breve de lo que concluye la mayoría.

Parece que Santa Anna era hombre inculto pero listo e inteligente; inquieto y de energía inagotable pero sin objeto fijo; de capacidad extraordinaria para la organización, particularmente de un ejército; enigmático a grado extremo; sin igual en cosas de intriga; poseedor de una personalidad fascinante pero loco de ambición y consumido por el deseo de hacerse poderoso; no permitió que nada ni nadie le opusiera; ganó la amistad de pocos, la confianza de algunos y la enemistad de muchos; de gran valor personal, muchas veces trató sinceramente de servir a su patria pero más a menudo obró por sus propios objetos; efectuó varias cosas meritorias a favor de la república, pero desgraciadamente causó muchos desastres de las consecuencias más funestas. Y por estos desastres solo recordado en las páginas de la

Historia. Porque se ocupó tanto con la guerra, va representado como uno de los grandes militares de México. Pronto vamos a examinar el récord militar de Antonio López de Santa Anna y entonces veremos que en verdad era bastante lejos de ser gran militar.

Primero debemos notar una teoría interesante del Sr. José C. Valadés. En su libro Santa Anna y la Guerra de Texas, dicho señor intenta demostrar la ascendencia "romany" de la familia Santa Anna, apuntando que el rey de Portugal, Felipe III, mandó en 1619 que todos los romany o gitanos saliesen del reino o de lo contrario dejaran de usar el vestido, el nombre y la lengua de los romany. Muchos de éstos, no deseando salir del país, se mostraban conformes a lo que les impuso el rey. Y llegó a ser costumbre entre los romany conversos adoptar apellidos de santos. Ya queda probado que los Santa Anna originaron en el viejo obispado de Orense, el cual colinda con Portugal. Por la ortografía del apellido Santa Anna y por lo que se ha explicado arriba, el Sr. Valadés deduce que los progenitores del Gral. Santa Anna eran gitanos portugueses que se convirtieron

después de la proclama de Felipe III y que pasaron
más tarde al vecino obispado de Orense. Con respecto
a esta teoría, al menos convendría con la observa-
ción del casado escritor que "en el general Santa
Ana hay no pocas características del romany."¹²

SANTA ANNA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Nació en Jalapa el 21 de febrero de 1794 el hombre cuya carrera militar nos dedicamos a estudiar en esta disertación. Vivía hasta los diez y seis años en el ambiente peculiar de la costa y del altiplano del estado de Vera Cruz. Debió incorporarse el espíritu antiautoritario del jarascho, porque aun muy joven dió a conocer su ánimo inquieto, que no podía consentir en dedicarse al comercio. Como dijo él, no había nacido para ser "trapero". Al fin, su madre accedió los ruegos de don Antonio para que el padre permitiera al hijo proseguir la vida militar. Asintió el padre y un día se presentaron los dos ante el coronel Arredondo del Regimiento Fijo de Vera Cruz con objeto de enlistar al joven Antonio en el servicio del rey Fernando VII. El 9 de junio de 1810 marca la entrada de Antonio López de Santa Anna en el ejército real.

Dentro de unos meses estalló la rebelión del cura Hidalgo y pronto vemos al cadete embarcando

por su primer viaje de mar en el bergantín Regencia, que salió de Vera Cruz el 13 de marzo de 1811, rumbo a la costa de Texas para sofocar cualquier revolución en la parte septentrional del país. Pero varias dificultades causaron la desembarcación no en la costa de Texas sino en el puerto de Tampico.

Entonces comenzó bajo el mando de Arredondo una campaña en contra de los insurgentes del Norte: Herrera, Villalón, los colonos aventureros de los Estados Unidos. Por período de cuatro años, en la parte más impresionable de su vida, Santa Anna aprendió y estudió en la escuela cruel de la guerra fronteriza. Siempre salieron victoriosas las fuerzas realistas, hasta que concluyó el joven cadete que el método de tratar con los rebeldes de Texas era «terrorizarlos, y que dichos rebeldes no sabían hacer guerra y por eso era cosa fácil derrotarlos y hasta saquearlos. Estas dos ilusiones iban a causar años después la ruina de Santa Anna.

Seguro que se portó el cadete de manera valiente y vigorosa en las batallas. También comenzaba ser sensual y jugador: dos faltas que le perseguirían durante toda su vida pública.

De veras se puede decir que estos años en el Norte le influyó muchísimo y de un modo que agravó sus rasgos peores.

La campaña triunfal de los realistas culminó el 13 de agosto de 1813 en la batalla de Medina, en la cual Arredondo colocó su infantería en forma de una V abierta hacia los rebeldes. Una parte de la caballería salió y entonces fingió retirarse para atraer al enemigo a la emboscada. Este ardite salió muy bien y la destrucción de los insurgentes (formados principalmente de yanquis) era casi completa. Solo 93 de 350 podían escapar.

A esta acción y a otras debió Santa Anna su ascenso al grado de subteniente y una mención honorífica.

A fines del año 1814 el cadete, ahora hombre de experiencia y de escudos de honor, volvió a Vera Cruz, primero para enseñar el manejo del arma a los nuevos reclutas y después para combatir a varias partidas de revolucionarios que había en la región. Pasó cuatro años en estas actividades, ganando en 1816 el grado de capitán y adquiriendo bastante fama como jefe que solía encabezar "excur-

siones terribles" y dar "golpes espantosos".

En este tiempo Santa Anna mostró también su capacidad de organizar y de construir. Su comandante, el viejo y respetado General Dávila, le mandó que fundase pueblos para la gente aterrada de la provincia. Con gran entusiasmo y energía, don Antonio se dedicó a esta labor y sabemos que pronto se erigieron más de ocho pueblos bajo la atención del futuro presidente y dictador. Se dice que él tomó mucho interés en uno de los pueblos y que refirió al Gobernador Dávila la petición de los ciudadanos para que cambiase el nombre del lugar a San Antonio en honor suyo. Pero Dávila no consintió.

Presentó el fundador de los pueblos un reporte rimbombante el 12 de julio de 1829, en el cual habló largamente de su éxito con cuatro de los pueblos: Medellín, Tamariño, Jamapa y San Diego. En este reporte podemos ver casi por primera vez dicho estilo rimbombante y el espíritu del egoísmo de sus muchas proclamas posteriores.

En estos años se notan también los principios de la influencia de Napoleón Bonaparte sobre Santa Anna. En la biblioteca del general Dávila éste encontró varios tomos relatando las hazañas del

pequeño francés, y los leyó con un interés que cada día se aumentó. Había semejanza de figura entre él y Bonaparte, cosa que notó bien el mexicano hasta imitarlo en cuanto podía. "Contempla (Santa Anna) los dibujos en que aparece su efigie, y como uno de ellos le presenta pasando los Alpes en un corcel del teso de la nieve, mientras el viento le unta los cabellos de atrás hacia delante sobre las sienes, él se compra un bridón blanco y con dos redondos cepillos se arregla la caballería, como si siempre se espolara por la espalda el ventarrón de los Alpes."¹

Así vemos perfectamente que Santa Anna iba más y más influido por el gran militar francés, pero es preciso señalar que la semejanza entre los dos no existía en otra forma que en la de la apariencia externa. El Sr. Frank C. Hanighen, escritor norteamericano, puede extenderle a su gusto el título del "Napoleón del Oeste," pero si está pensando de la habilidad militar cuando usa el título, entonces es para invención de la imaginación, nada más. Si Santa Anna hubiera sido genio militar tal como era Napoleón, la historia de toda la América del Norte habría seguido un curso muy distinto del que ha seguido. No hay razón ninguna en comparar a esos dos hombres como militares.

1. Rufo, Santa Anna, p. 17.



La revolución de independencia en México, que casi había desaparecido militarmente en 1819 y 1820, de súbito resurgió debido a varias causas: la parálisis agrícola, económica e industrial que se sentía por todo el país; el espíritu de desesperación a causa de la miseria producida por la guerra prolongada; el triunfo del liberalismo y de la masonería en España y la Constitución liberal que el rey Fernando VII, débil pero popular, tuvo que aceptar, ocasionando muy pronto la hostilidad del poderoso elemento conservador en Nueva España.

A fines del año 1820 marchó de la capital el coronel Agustín Iturbide con instrucciones de pacificar el Sur, en donde operaba Guerrero. Pero Iturbide, ya hace bastante tiempo de acuerdo con los revolucionarios, pidió y recibió todos los elementos y pertrechos aprovechables y luego formuló el 24 de febrero de 1821 su Plan de Iguala con sus Tres Garantías. Secundado por Guerrero, Victoria, los Bravo, los Rayón y otros muchos jefes rebeldes y realistas, el Plan de Iguala iba triunfando rápidamente por todo el país.

Las guarniciones de Jalapa y de Puebla se sublevaron y las fuerzas del jefe Herrera en esa región crecía de día en día. Pronto mandó Méjica

que Santa Anna marchase a Orizaba a oponerse a los sublevados. Y Santa Anna partió jurando cumplir hasta "la última gota de su sangre."

Al llegar a Orizaba se vió enfrentado por 500 insurgentes. Estos le propusieron que se uniese al plan de Iguala. A esto no contestó Santa Anna sino por atacar inmediatamente al enemigo. Rechazado, buscó refugio en el convento de Carmen, de donde salió muy de madrugada el 29 de marzo y sorprendió a los rebeldes durmientes. La derrota de éstos era tan completa que Santa Anna mandó a todo galope a un mensajero con un parte anunciando al Virrey Apodaca su gran victoria. El mismo día llegó frente a la plaza Herrera con tropas cuantiosas. Después de breve entrevista, en la cual Herrera le aseguró a Santa Anna que si el Virrey le concediera el grado de teniente coronel por la victoria de la cañada Iturbide le haría coronel sin dilación alguna, Santa Anna aceptó la proposición del jefe rebelde, conforme a la cual Santa Anna tendría el mando de todas las fuerzas insurgentes en la provincia de Vera Cruz. Dice un biógrafo norteamericano: "Ahora se efectuó el primero de esos cambios relampagueantes que dejaron estupefactos a los amigos y a los enemigos de Santa Anna."²

Con todo, opina el Sr. Valadés que Santa Anna había ejecutado negociaciones previamente con los revolucionarios. Habla así de la apostasía del jefe veracruzense: "En 1820, Santa Anna se puso en contacto con los conspiradores que en la ciudad de México trabajaban para acabar con el régimen colonial e hizo un viaje a la metrópoli, y ante el doctor Matías Montenegro juró que, cuando así se le mandase, proclamaría la independencia en Vera Cruz. Sin embargo, no fué sino hasta la expedición del Plan de Iguala cuando el futuro presidente de México participó en la guerra de independencia, presentándose el 29 de marzo de 1821 al general José Joaquín Herrera en Orizaba."³

Convertido ahora en rebelde, Santa Anna desplegaba toda su energía, todos sus ardides y toda su capacidad de organizador. Primero marchó con Herrera a Córdoba, en donde se dividieron las tropas, saliendo Herrera para Puebla. Santa Anna se puso en marcha para Alvarado y el 25 de abril cayó inesperadamente sobre la plaza y la tomó. Animado por este triunfo, concibió la idea de avanzar rápidamente sobre Vera Cruz, que ya le esperaba con mucho temor. Pero en esos momentos

3. Valadés, Santa Anna y la Guerra de Texas, p. 40.

recibió aviso de que Herrera sufría un ataque en Córdoba por el coronel Nevía y se apresuró a ayudarle.

Llegado frente a Córdoba el 17 de mayo, Santa Anna vió que Herrera estaba en una situación peligrosa. Luego se preparó para dar combate a los realistas, pero éstos no se disponían y el día 20 comenzaron en la madrugada una retirada hecha muy difícil por la persecución enérgica de Santa Anna, quien los alcanzó en el puente del Corral de Animas, y por las cuatro leguas de allí hasta Córdoba había ataques continuos sobre las fuerzas de Nevía, mandadas ahora por el coronel Blas del Castillo Luna, habiéndose muerto Nevía. Las fuerzas realistas se retiraron después a Puebla y marchó Santa Anna entonces a Jalapa, su ciudad natal, donde emprendió la noche del 23 un ataque que tuvo por consecuencia una petición de parlamento de parte del jefe defensor, el coronel Orbegoso. Se firmó un convenio mediante el cual los realistas pasarían a Puebla con vestuario, banderas y unas armas, dejando a Santa Anna la artillería y municiones, cosas que necesitaban mucho, puesto que había gran escasez de ellas. Y Santa Anna, de partir ese momento Comandante General de la División de Tierra Caliente, se ocupó en reorganizar

su división, que fué más tarde la undécima del Ejército de las Tres Garantías.

Hándese cuenta de que tropas realistas habían salido de Puebla con intenciones de ayudar a la fortaleza de Perote, Santa Anna decidió impedirles el paso. Pero no logrando detener al enemigo, debido a la marcha rapidísima de éste, celebró en La Jota una entrevista con Herrera, en cuya consecuencia partió Santa Anna a iniciar el ataque sobre Vera Cruz.

El 24 de junio dirigió de la hacienda de El Lancero una proclama feroz a sus tropas, escrita sin duda por don Carlos María de Bustamante y calificada por él mismo como "singular en su clase", la proclama excitó a los soldados, "así a plantar la bandera de las Tres Garantías sobre las muros de Vera Cruz, agregando aquella ciudad al nuevo imperio que Iturbide pretendía establecer, sino a vengar la águila mejicana hollada tres siglos antes en las llanuras de Otumba," etc., etc.⁴

Y el 30 de junio, frente a Vera Cruz, lanzó Santa Anna otra proclama que, según Valadés, "se usó el estilo declamatorio de José María

4. Alarcón, Historia de México, tomo V, p. 190.

Tornel, futuro ministro del futuro presidente de la república."⁵ La proclama iba dirigida a los soldados de marino, y decía: "Marineros: abrid los ojos y conoced vuestros intereses: uníos a mí y seréis felices. La América os promete ríos de oro, de leche y de miel; un suelo fecundo, unas gentes dulces, de trato afable y benigno."

No lagraba convenir a la marinería, Santa Anna cumplió con una costumbre militar, la de mandar al defensor un pliego pidiendo la rendición de la plaza. Pero se dice que el general Dávila, sin abrir el sobre, lo devolvió con estas palabras escritas en él: "Ingrato, traidor. -- Dávila."

Se dice Sangeroff que Santa Anna comenzó el asalto de la plaza de Vera Cruz el 3 de julio, pero no es exacto eso, porque todos los otros historiadores están de acuerdo en que asaltó la ciudad el 7 de julio, bajo la protección de la noche y de un aguacero. Mientras su artillería hacía un "horroroso fuego de cañon," Santa Anna con sus tropas y cincuenta escuadras avanzó sobre uno de los baluartes, el cual cayó en manos de los insurgentes. Ya dentro de la ciudad, Santa Anna dispuso a los suyos para que capturasen los otros baluartes. Lo que se

5. Valadés, Santa Anna y la Guerra de Texas, p. 43.

efectuaron. En efecto, se vieron echados de la ciudad todos los insurgentes menos Santa Anna y ochenta hombres. Entonces toda la guarnición reunió para capturarle. Pero la pequeña columna, después de una retirada peligrosísima, pasó por la puerta de la ciudad y llegó a su campamento. Desmoralizado y con sus fuerzas desmoralizadas, Santa Anna se retiró a Orizaba, perdiendo muchos desertores en el camino.

Así, en su primera batalla grande sufrió su primera pérdida importante. También, en su parte recalcó después a Iturbide, inició su costumbre de culpar a sus subalternos. Pero la verdad es que el General Dávila defendió la plaza de una manera magnífica y que los asaltantes carecían de pertrechos. Y, como observa Calcott, en todas las guerras mexicanas, Santa Anna es el único jefe con la teseridad de atacar la plaza de Vera Cruz por tierra. En fin, se podemos culpar mucho a Santa Anna por su fracaso en esta batalla.

La undécima división estaba otra vez frente al puerto de Veracruz cuando llegó allí el 30 de julio de 1821 don Juan O'Donojú, nuevo Virrey de Nueva España. Indicando un deseo de conferenciar con Iturbide, O'Donojú se puso en contacto con Santa Anna, y don Antonio mandó pliegos a Iturbide,

avisándole a éste de los deseos del nuevo virrey. Se arregló una conferencia que tuvo lugar en Córdoba el 24 de agosto. Se firmaron unos tratados por los cuales O'Donnell virtualmente reconocía el Plan de Iguala.

Santa Anna, que había escoltado brillantemente al virrey de Veracruz a Jalapa y después a Córdoba, partió al quedar firmados los tratados a poner sitio a la fortaleza de Perote, que al fin capituló el 7 de octubre. Y la misma división se marchó de nuevo sobre Veracruz, última plaza de las fuerzas realistas. Pero ha aprendido don Antonio su lección y no se atreve de asaltar las murallas fuertes. Duró el sitio la mayor parte del mes, hasta que Méjica decidió retirarse al castillo de San Juan de Ulúa, llevando consigo todo lo que había en la ciudad de artillería, municiones, almonedas y dinero.

El día 27 de octubre las tropas insurgentes de Santa Anna ocuparon Veracruz. Como de costumbre, lanzó el jefe rebelde su proclama, llena de "sublime pedantería" y comenzando con esta frase: "Dejemos cerradas las puertas del palacio templo de Marte y abiertas únicamente las de Comercio, Minería y Flora." Venos en esta

frase la influencia o de Bustamante o de los libros clásicos que leyó don Antonio en la biblioteca del viaje a Sevilla.

La noticia del tomo de Veracruz produjo gran júbilo en la capital. Y el nombre de Santa Ana fué aclamado por primera vez por toda la nación.

Pero el triunfo del jefe veracruzense no era completo. Había una nota inarmónica que irritó muchísimo a don Antonio. Probablemente a instancias del Ayuntamiento de la ciudad de Veracruz, Iturbide mandó al coronel Manuel Rincón que funcionase como gobernador de la provincia. Esto con alguna razón causó en Santa Ana gran mortificación y disgusto, y es muy posible que sea esto el principio de la discordia entre el emperador y el futuro presidente.

Aquí terminamos la consideración de las actividades de Santa Ana en la guerra de la independencia mexicana. Vemos claramente que en esta guerra se llevó bastante bien y que su estrella todavía estaba subiendo rápidamente al culminar la guerra en la libertad de su patria. Hemos visto también que se habían

centrado las semillas de sus futuras luchas con
Iturbide y con los texanos. En su combate con
el emperador había de salir triunfante, pero
en su guerra contra los rebeldes de Texas había
de sufrir el fracaso más desastroso y más
importante de su carrera militar.

ITURBIDISTA.....Y ANTI-ITURBIDISTA

Parece que en Santa Anna y en Iturbide había unos rasgos comunes: tremenda ambición, el arte de engañar, una vanidad y una arrogancia, la desconfianza de cada cual. Dado estas características, era casi inevitable el antagonismo que surgió entre los dos. Si aun con el concedimiento de grandes honores desproporcionales a los que merecía Santa Anna hubiera podido Iturbide evitar la desafiliación del joven jefe que ya había conseguido un poco de la gloria que tanto ambicionaba. No se habría contentado mucho tiempo con los mayores cargos que Iturbide pudiera concederle.

Pero Iturbide, obrando en esos días como Regente, no se mostró conforme a dar grados y títulos a Santa Anna. En verdad, lo humilló, nombrando a don Domingo Luceas capitán general de la provincia de Veracruz y designando al general Manuel Rincón gobernador de la provincia. Se encolerizó Santa Anna, pero se calmó y pidió del Regente el grado de brigadier y el puesto de segunda del señor Luceas, asegurando a Iturbide que él era "su apasionado súbdito, que lo ama



mucho."

Pero no atendió Iturbide a estas súplicas sino hasta que el sargento Pío Marchá reunió la noche del 18 de mayo de 1822 a otros soldados y los condujo por las calles de la capital, gritando vivas a "Agustín Primero, el Emperador." El Congreso, amenazado por la plebe hostil, se vió obligado a votar la designación de Iturbide como Emperador. Apenas se había efectuado la independencia, pues, cuando así se inició el precedente de barbarie militarista que ha viciado casi toda la historia de México independiente.

Unos días antes del motín del sargento Marchá, Iturbide había ascendido a Santa Anna su despacho de brigadier y también le había nombrado comandante general de la provincia. Tan inesperadamente cayeron estos honores sobre don Antonio que se puso casi loco de alegría. Llegado luego noticias del nombramiento de Iturbide como el "Emperador Agustín Primero," Santa Anna le dirigió esta carta:

"Su próxima elevación al trono será una digna recompensa al mérito más sublime y un dique poderosísimo que oponer a las pasiones más exaltadas. Viva Vuestra Majestad para nuestra gloria, y esta expresión sea tan grata

que el dulce nombre de Agustín Primero se transmita a nuestros nietos, dándoles una idea de las memorables acciones de nuestro libertador. Ellas por la Historia se eternizarán como es justísimo, y ya, en unión del regimiento de infantería número 8, que mando, y que bajo mi dirección estaba practicado a dar tan político como glorioso paso mucho antes de ahora, sintiendo que no hayamos sido los motores de tan digna exaltación; mas sí los primeros en esta provincia que tributamos a V. M. nuestros amicos respetos, sí los primeros que ofrecemos nuestras vidas y personas por conservar la respetable existencia de V. M. y corona que tan dignamente obtiene, lo que cumpliremos exactamente y nos complacemos gustosos en repetir: somos constantes súbditos que verterán su sangre por el más digno Emperador."¹

Al mismo tiempo lancé la siguiente proclama al pueblo veracruzano:

"No me es posible contener el exceso de mi gozo por ser esta medida la más análoga a la prosperidad común por la que suspirábamos y estamos dispuestos a que se efectúe, aun cuando fuese necesario exterminar algunos genios discolos y perturbadores, distantes de poseer las verdaderas

virtudes de los ciudadanos. Anticipámonos, pues, corramos velosamente a proclamar y a jurar al inmortal Iturbide por Emperador, ofreciéndole ser sus más constantes defensores hasta perder la existencia; sea el regimiento que mande el primero que acredite con esa irrefragable prueba, cuán activo, cuán particular interés toma en ver recompensado el mérito y afirmado el gobierno paternal que nos ha de regir. Multipliquemos nuestras voces llenas de júbilo y digamos sin cesar, complaciéndonos en repetir: "Viva Agustín Primero, Emperador de México!"²

Palabras muy afectuosas para el que dentro de seis meses había de sublevar contra el mismo inmortal Agustín Primero. Pero no le importaban nada a Santa Anna las palabras. Fácil escribirlas, más fácil olvidarlas.

Asistió Antonio López de Santa Anna a la coronación de Iturbide y se quedó algún tiempo en la capital. Comprendiendo que no hacía un papel importante en la vida de la corte imperial, determinó mejorar su posición cortejando a la Princesa de Iturbide, doña María Nicolasa, fea y de sesenta años. Y lo hizo con éxito hasta

2. Mañón, Santa Anna, p. 33-34.

que principia murmurar la Corte. Al llegar a los oídos de Iturbide lo que pasaba, se llenó de indignación y en seguida ordenó que Santa Anna volviese inmediatamente a Veracruz. Otra causa del rompimiento entre los dos que por consecuencia echó a Iturbide del trono y aumentó el prestigio de Santa Anna.

Ente, de nuevo en la ciudad que más le hacía caso, se encontró con el mundo entero al marcharse el Sr. Loaces a Tehuacán para restablecer su salud. Antes de partir le recomendó don Domingo que no hiciese nada contra los españoles en Uluá, siendo Loaces buen amigo de Dávila. Mas no le agradó a Santa Anna obedecer esta orden, deseando adquirirse más gloria con la apoderación de la fortaleza. Y luego conspiró posesionarse del castillo, último punto de Nueva España (o mejor dicho del nuevo imperio mexicano) que seguía en manos de los españoles.

Mientras reflexionaba Santa Anna sobre la manera que ofrecería más posibilidades de éxito en la captura de Uluá, siendo imposible asaltarlo o recibirlo en duelo de cañon, murió el Sr. Loaces en el balneario de Tehuacán y se vió al digno Dávila promovido a teniente general con residencia



en la Habana. Nombrado capitán general de las provincias de Oriente fué José Antonio Echávarri, comandante que se opuso a don Antonio, quien no podía congeniar con el nuevo capitán general. quedó en mando de Ulúa el brigadier don Francisco Lemaar, cosa agradable a Santa Anna.

Al fin concibió éste un complot por el que iba a apoderarse del castillo. Hizo creer al comandante de la fortaleza que odiaba a Iturbide y que por esa razón estaba dispuesto a entregar a los españoles la ciudad. Lemaar había de fingir un ataque y para esto Santa Anna enviaría unos oficiales que servirían de guías. El verdadero intento de don Antonio era atraer a la plaza a una parte substancial de los españoles, atacarlos y vencerlos súbitamente, vestir a los suyos en los uniformes de los vencidos, ocupar después las lanchas de los españoles, llegar al castillo para sorprender y destruir el resto de la guarnición.

Al capitán general Echávarri le parecía bueno el plan, y se acordó que él mismo tomase el mando del baluarte de la Concepción, al cual Santa Anna iba a enviar un destacamento de soldados escogidos. Las últimas palabras de Echávarri fueron disipadas por estas palabras de don Antonio: "Además,

si fracasase el intento, V. E. puede informar al Emperador que, siendo plan mío, me corresponde la vergüenza. Si tiene éxito, no reclamaré otra cosa que el mayor afecto de V. E."³

La noche del 26 de octubre de 1832 era la predestinada para la consumación del proyecto. Salí Echávarri a su posición, sin encontrar allí a los "soldados escogidos." Pronto desembarcaban los españoles y avanzaban unos de ellos, guiados por un ayudante de Santa Anna, sobre el baluarte de la Concepción. Precisamente se vió Echávarri en circunstancias peligrosas, pero, reuniendo a unos oficiales, soldados y civiles, dió combate a los invasores y logró repulsarlos hasta que tomaron sus lanchas.

Pasó lo mismo en el baluarte de Santiago, es decir, los españoles tuvieron que retroceder después de reñido combate. El de Santiago era el baluarte mandado por Santa Anna, y allí estaba gran parte de las tropas mexicanas.

Después de la retirada de las fuerzas realistas, Echávarri iba furiosísimo con Santa Anna, sospechando que éste había intentado su muerte. Se le participó a Iturbide todo lo ocurrido, y así comenzaron las últimas dificultades entre Iturbide y su brigadier

que resultaron en la sublevación de éste y la caída de aquél.

Respecto de las intenciones de Santa Anna en este asunto, hay gran variación de opiniones entre los historiadores mexicanos. Muñoz opina que si conspiraba don Antonio contra el capitán general: "Santa Anna es fecundo en ardides de guerra, que a veces tienen aspecto de verdaderas felonías. Y más aún: en los instantes en que el resultado de su treta está por decidirse entre dos bandos, uno y otro se consideran traicionados. Sólo el hábil intrigante sabe el secreto. Y de todas sus maquinaciones, la de 26 de octubre de 1832 ha sido la de concepción más perfecta: pierda quien pierda, Santa Anna saldrá ganando. O sea Urdía, o sea Echávarri."⁴

Después de la sublevación de Santa Anna contra el emperador, Echávarri publicó un manifiesto en que insistió que la intención del proyecto había sido su asesinato, y iturbide en su manifiesto de Llerena quiere probar que el brigadier tuvo perversas intenciones. Valadés dice, con todo, que Echávarri "confesó tiempo después, que el manifiesto (de él) había sido escrito en la ciudad de México y él se

4. Muñoz, Santa Anna, p. 44.

había visto obligado a firmarlo para complacer a Iturbide.⁵

Bustamante creyó en 1834 que Santa Anna había conspirado la muerte de Echávarri,⁶ pero el año siguiente dijo: "En mi concepto no fué otro sino un desas o proyecto mal combinado para apoderarse de Uda."⁷ Alasí simplemente narra los hechos, dejándole al lector que forme su propio juicio.

Si en verdad Santa Anna no basó la muerte de Echávarri, tenemos que considerar el plan como estrategia militar caprichosamente concebido y mal ejecutado, atendiéndonos a la vez que la situación inexpugnable del castillo hizo necesario un proyecto casi fantástico.

Ya enterado de los sucesos del 25 de octubre, Iturbide determinó salir en persona a retirar de su mando al Brigadier escocés, aunque la emperatriz esperaba de momento en momento la llegada de un nuevo Príncipe. Partió de la capital de 10 de noviembre en esa su primera viaje imperial. En la carreta iba pensando de las muchas acusaciones contra

5. Valadés, Santa Anna y la Guerra de Texas, p. 53.

6. Bustamante, Guerra Histórica, tomo VI, p. 114.

7. Bustamante, Historia del general Iturbide, p. 30.

Santa Anna que le habían escuchado. Como dice él: "Unidas las repetidas quejas que tenía contra Santa Anna del anterior capitán general, de la diputación provincial, del consulado, de muchos vecinos en particular, como del teniente coronel del cuerpo que mandaba, y de varios oficiales....se vió en la necesidad de separarlo del mando."⁸

Muy frío fué el recibimiento del emperador en Jalapa que Iturbide pronunció aquella frase famosa: "Desde aquí comienza España."⁹ Santa Anna se presentó en la ciudad con un séquito de tanto esplendor como el de Iturbide. Además, el hábil comandante militar veracruzano había procurado (por la distribución de dinero) que bastante gente ruidosa lo recibiera y que repicaran todas las campanas. Asíentró en medio de tantos repiques y vítores que Iturbide, muy disgustado, fué impulsado a observar al general Cortázar que "este pille es aquí el verdadero Emperador."¹⁰

En las conferencias que se efectuaron en Jalapa entre estos dos hombres pocos escrupulosos, Santa Anna se mostró el más astuto. Iturbide le

8. Iturbide, Manifiesto, p. 49.

9. Bastosante, Historia del emperador Iturbide, p. 34.

10. Salazar, Santa Anna, p. 49.

dijo a Santa Anna que quería que éste regresase con él a la capital, "a formar parte de la Junta de guerra, en la que vuestros conocimientos son indispensables."¹¹

Pero Santa Anna, simulando gran satisfacción a cause de tal honor, deducía que el emperador no habría venido todas las leguas de México a Jalapa sólo para decirle eso. Después relató en su Manifiesto a sus conciudadanos que se habría engañado por la manera insinuante de Iturbide "si un confidente de México no me avisara con oportunidad que mi perdición estaba decretada."¹² De cualquier modo, respondió al emperador que le daría muchísimo gusto ir a ocupar el sitio indicado; pero añadió que no le era posible ir a ese momento, debido a los muchos asuntos particulares que él mismo tendría que arreglar. Iturbide le entregó 4.000 reales para que pagase sus compromisos pendientes y viniese desde luego a la capital.

Antes de su salida de Jalapa el primero de diciembre, el emperador recibió a todos los notables en el salón de la casa en donde estuvo alojado. Y Santa Anna, conmoviéndose, se sentó en

11. Mañón, Santa Anna, p. 49.

12. Bancroft, Historia de México, tomo IV, p. 789, nota 27.

su ración. Lo vió su enemigo Echávarri, quien llamó la atención de un oficial a esa falta muy grave en la etiqueta de la Corte. Instantes después el oficial dijo en voz alta que se oyó por todos: "Señor brigadier Santa Anna: delante de S. M. I. nadie se sienta."¹³ Y se levantó el brigadier, humillado y disfundado delante de todo el mundo.

Al día siguiente partió Iturbide rumbo a la capital. Por media legua lo acompañó Santa Anna y su séquito. Entonces se despidió del emperador y, al perderse en la lejanía la comitiva imperial, don Antonio blandió el puño cerrado y gritó: "Veremos si don Antonio López de Santa Anna puede sostenerse frente a ese Emperador."¹⁴

Galopando a todo trote, llegó Santa Anna a Veracruz a las tres de la tarde del 2 de diciembre y, reuniendo en la plaza a sus tropas, les anunció su plan de Veracruz, preparado en asociación con don Miguel Santa María, expulsando por Iturbide por sospechársele conspirador y que estaba en el puerto esperando el barco que había de llevarlo fuera del país.

14. Muñoz, Santa Anna, p. 51.

13. " " " " , pag. 51.

Es de creerse que el plan, pidiendo la República, era obra más de Santa María que de Santa Ana, pues hay indicaciones que éste había pensado más en un movimiento cualquier que en el curso que debiera seguir el movimiento. De todas modos, don Antonio, motivado por la furia personal contra Iturbide, se dedicó con energía anónima a fin de que secundasen el pronunciamiento los pueblos vecindarios. Logró que saliese de su cueva el valentísimo Guadalupe Victoria, a quien le entregó el mando supremo de la revolución con estas palabras típicas: "Mis designios no han llevado otro objeto que la felicidad y libertad de la nación, y no ambiciones de gloria, que han dictado de mi corazón."¹⁵ Y el 6 de diciembre escribió a Iturbide una carta en que iban enumeradas las cosas que le habían urgido a la sublevación.

En contestación a dicha carta, don Francisco de Paula Álvarez, secretario del emperador, publicó una diatriba relatando todos los rangos peores conocidos de Santa Ana. Abundó en lo vituperoso y después volvía publicarse de vez en cuando por los anti-antagonistas. Esta carta abierta dice entre otras muchas cosas: "Vd. sabe que yo sé de

¹⁵. Muñoz, Santa Ana, p. 55.

la manera que habló siempre al Emperador, temblando y acobardado, ofreciéndose a servicios de un lacayo, indignos de un jefe.¹⁶ Al viaje Dávila debió usted los principios de su fortuna, debió usted por mucho tiempo sus alimentos; al libertador del Septentrión su desconocido agradecimiento..... Abandonó usted su familia, maltrató usted a sus hermanos, y dejó de socorrer a sus parientes necesitados..... A la falsificación de una firma y al abuso que hizo usted de la confianza de su jefe debió su primer ascenso en la carrera militar.... Usted sabe que pasaron por mis manos las representaciones del Capitán General Loores, del inspector general García Conde, del ayuntamiento, diputación provincial, consulado de Veracruz, y autoridades de Jalapa: las del teniente coronel del número 8 de infantería, las de mil ciudadanos que se quejan de sus insultos, injusticias, atropellamientos, de usurpación de funciones..... que engañó usted a la princesa de Iturbide, convirtiéndole en farfalleador de soldado, haciéndole la partida, y suponiéndole adorador de las virtudes de su hermano, que usted nunca apreció, porque jamás supo conocerlas.¹⁷

Ahora nos es prudente escuchar también unas de las palabras edicadas contenidas en el mani-

fiesto del general Echávarri, porque tratan de

¹⁶ Bancroft, Historia de México, tomo V, p.739, nota 28.

una manera muy derogatoria de las faltas militares de Santa Anna. "Miente (Santa Anna) cuando se dice militar: es indigno del uniforme que viste, desconoce la disciplina, injuria a los soldados, desaira a sus compañeros, desobedece a sus generales, distrae al gobierno con solicitudes impertinentes hechas con bajesa. No tiene amigos, porque a todos fué ingrato: no tiene adictos porque a todos trató mal: no tiene patria porque ésta abomina al espúreo que la vende a sus enemigos.... El mismo Santa Anna que ahora quiere fascinarnos con pretextos especiosos, se prestó mil veces al emperador espontáneamente para destruir al Congreso en lo absoluto, con estrépito, con escándalo y aun con sangre."¹⁸

Estamos en la acusación de Echávarri respecto a la desobediencia de Santa Anna a sus generales una conformidad con lo que declara el Dr. Muñoz: "Las órdenes sólo cumple cuando le conviene."¹⁹ Y no se puede negar que la obediencia es una de las cualidades esenciales e indispensables al hombre militar.

Al entregar a Guadalupe Victoria el mando supremo de la sublevación, Santa Anna guardó para sí la jefatura de las tropas, y pronto inició su campaña. Avanzando súbitamente sobre San del Río,



18. Velasco, Santa Anna y la Guerra de Texas, p. 69.

sorprendió al amanecer a las tropas imperiales, las derrotó completamente e incorporó a muchos de los vencidos a sus propias fuerzas. Envalentonado por razones de esta victoria, se apresuró el avance sobre Jalapa. Al acercarse a la ciudad, cometió el grave error militar de no reconocer las defensas de la plaza. En verdad, la creía indefensa y muy temprano por la mañana del 21 de diciembre entró en la ciudad con una manifestación vanidosa de ceremonia. Ya dentro de la ciudad, sus tropas se vieron repentinamente circundadas por las del coronel Calderón, comandante imperial de Jalapa que había engañado al sublevado brigadier.

Desmoralizados en el acto, Santa Anna y parte de sus soldados podían refugiarse en la iglesia de San José (en la cual se había bautizado don Antonio). Por todos lados atacaron los de Calderón y la situación de los rebeldes era de veras angustiosa. Y entonces don Antonio López de Santa Anna, "el gran militar de México," se rodeaba de unos oficiales y se efectuó su escapada a caballo, dejando en manos de Calderón toda la artillería y bastantes prisioneros. No es inconcebible que Cortés, bajo las mismas circunstancias, huyera de tal manera ignominiosa? Ésta es una de las pocas ocasiones en que Santa Anna no demostró su acostumbrado coraje, porque puede decirse que el

coraje era una de sus mejores cualidades.

Pero no terminaban sus acciones vergonzosas con esa fuga. Salíó precipitadamente hasta Puente del Rey, en donde estaba Victoria, y a éste le dijo: "Todo ha fracasado, general. He jugado el último albur y lo he perdido. Regresémos al puerto, que tengo un bergantín fletado para la campaña y en él podemos embarcarnos rumbo al extranjero. Aquí, nuestras vidas están en continuo peligro."²⁰

Y ese viejo guerrero, sobreviviente de varias desilusiones, respondió: "Compañero, vaya usted a Veracruz a sostener su puesto, y sólo cuando lo presenten la cabeza de Victoria hágase a la vela. Pero mientras yo viva, es honor de usted permanecer a mi lado defendiendo la causa de la libertad. Y dentro de un mes, yo se lo juro, todo habrá cambiado favorablemente para nosotros."²¹

Reanidado Santa Anna, regresó al puerto para preparar las defensas. Y otra vez desplegó su mejor virtud como militar: la de la organización. Con su actividad infatigable consiguió poner la plaza en tal estado de defensa que pudo sostenerse ante los 3.000 hombres que sobre la ciudad avanzaban

20. Muñoz, Santa Anna, p. 56.

21. Ibid., p. 56.

bajo el mando de Echávarri. Se estableció un sitio que iba a prolongarse dos meses. A Echávarri no le faltaba ninguno de los elementos de guerra, pero no ordenó el ataque. Iturbide, irritado por su indolencia, insistió en que asaltara las fortificaciones para acabar con la revolución moribunda.

Pero Echávarri ya fue dominado por las logias masónicas enemigas de Iturbide. Y el primero de febrero formuló el Plan de Casa Mata que "importaba un nuevo plan político, concretado en once artículos, cuyas principales bases consistían en la inmediata instalación del Congreso, en el reconocimiento de la soberanía de la nación y en prohibir que se atentase contra la persona del emperador."²² Invitado a secundar el plan, Santa Anna lo hizo, aunque este Plan de Casa Mata no tuviese nada que ver con la República que intentó establecer él.

Victoria rechazó el plan, pero por todas partes del país había otros pronunciamientos secundándolo, los cuales obligaron al emperador a reunir el Congreso que meses antes había disuelto. Hallándose en una posición insostenible, Iturbide se presentó ante el Congreso el 19 de marzo y abdicó el trono con una falsa actitud de martirio: "La corona la

22. México a través de los siglos, tomo IV, p. 69.

admiti con repugnancia, sólo por servir a la patria."²³

El Congreso, ya obrando libremente por primera vez, se rehusó a aceptar la abdicación, afirmando que el nombramiento de Iturbide como emperador había sido hecho por fuerza y así no era válido. Denunció también esos artículos del Plan de Iguala y del tratado de Córdoba que se refirieron al llamamiento de un Borbón a ocupar el trono de México.

Y el ex-Emperador Iturbide comenzó su marcha al destierro, para regresar después y ser fusilado.

23. Muñoz, Santa Anna, p. 60.

BUSCANDO EL PODER Y LA GLORIA

Nunca visto que la primera sublevación
santaanista resultó en la caída de un imperio.
Pero cierto que esto no se efectuó a fuerza
de victorias en el campo de guerra, sino por
la ayuda y las intrigas ^{de} Victoria, Santa
María, Echávarri, las sociedades fraternales
y muchos otros. Realmente, en el curso de la
revolución ganó Santa Anna sólo la acción
insignificante de Plan del Río. Sufrió una
derrota imperdonable en Jalapa y luego se puso
sobrecogido de terror.

No obstante, su odio en contra de Iturbide
halló aplacado al ser desterrado éste. Pero
Santa Anna ambicionaba también el poder y la
gloria, cosas que no le venían con el triunfo
de la revolución. Viendo que era necesario
algo más para ganarse lo que pretendió, se em-
barcó de Veracruz el 19 de marzo (sin tener la
noticia de la Abdicación del mismo día) rumbo
a Tampico con una flotilla que constaba de dos
bergantines y dos goletas. Después de embarcas-

carse una de las goletas, con la pérdida de todo el armamento de reserva, la expedición desembarcaba el 30 de marzo en Tampico.

Se emprendió la marcha a San Luis Potosí, adonde llegó la expedición el 31 de abril después de muchas fatigas y dificultades. Al entrar en la ciudad Santa Anna supo de la salida de Iturbide del país y de súbito desapareció mucho de su interés en la campaña potosina. Comprendió que nadie le haría caso mientras estuviera tan lejos de la capital. El 23 de abril comunicó al Poder Ejecutivo, integrado por los generales Segrete, Bravo y Victoria, noticias de sus movimientos y de su deseo de ser llamado a la ciudad de México.

Pero le convenía al Gobierno dejarle en la provincia de San Luis, y entretanto Santa Anna tenía suficientes dificultades en donde estaba. Había hostilidad entre las tropas veracruzanas y las potosinas, resultando unos choques que dejaron muertos a varios soldados. Y los muchos hechos arbitrarios del brigadier causaron que los ciudadanos de San Luis gritasen "muera" a los "judios jarechos."

El 5 de junio reunió sus tropas en la plaza principal de la ciudad y allí hizo leer una pro-



elena anunciando una sublevación en favor de la república federal y extendiendo a don Antonio el título de Protector de la Libertad de los Pueblos. Y, como señala Muñoz, "su primera protección a la libertad es apoderarse, 'para el pago de las tropas,' de un envío de 30.000 pesos que iba de Durango a México."¹

Trató de procurar que las fuerzas potosinas secundasen su pronunciamiento, pero eso se negaron a hacer. Al contrario, se acercó una columna del general Arriaga para amenazarlo. Después de unos días de inquietud, en los que había marchas y contramarchas, partió el protector para la capital, en donde fué detenido y ordenado a presentarse ante un tribunal militar para que rindiera cuenta de sus actividades en la provincia de San Luis Potosí.

En este proceso volvemos a escuchar las acusaciones usuales contra Santa Anna: sus arbitrariedades, sus vivios, juegos, amores indiscretos, etc. Mientras el proceso estaba pendiente de arreglo, el general José María Lobato pronunció en México el 23 de enero de 1834. Su manifiesto llevó como primer firmante el

1. Muñoz, Santa Anna, p. 63.

nombre de don Antonio López de Santa Anna. Se da por cierto que su firma era genuina, pero el astuto brigadier, viendo que Lobato iba a fracasar, retiró su nombre del manifiesto.

De los hechos siguientes no hay unanimidad de opinión entre los historiadores. Uno dice que Santa Anna "acudió ante la Constituyente, dando su adhesión al gobierno y ofreciendo sus servicios, los que fueron aceptados desde luego, entregándosele el mando del tercer regimiento de línea. En tres días quedó sofocado el movimiento de Lobato."² Y otros refieren que Santa Anna "se presenta en la Cámara pidiendo permiso de hablar desde la tribuna...Y protestó que no estaba autorizado en la comisión, aunque se le había ofrecido ponerle a la cabeza.. Agrega que tiene 'el alto honor de ofrecer al Congreso soberano su espada y su existencia, para que se le empleara en los términos que se considerara útil.' Pero los diputados desconfían de él, por lo que saben de su historia..... No se le da comisión alguna. Y Lobato deja caer las armas."³

Abuelto de toda culpa en la de San Luis, Santa Anna iba de aquí para allí, buscando un mando. Y molestó tanto a los oficiales del gobierno que al fin fué enviado a la península de Yucatán para encargarse de la comandancia militar. Llevó muchas instrucciones, entre las cuales había una que dijo: "El Comandante Militar no podrá abandonar la provincia, sin el permiso escrito del Gobierno." Parecía que éste quería estacionario en punto lejano por mucho tiempo. Pero a él no le importaba tal provisión, pues se debe recordar que sólo obedecía las órdenes que le convenían.

Se vamos a estudiar la historia de la estancia del brigadier Santa Anna en Yucatán, por interesante que sea. Exhibió su acostumbrada actividad, se festejó muchísimo, y procuró conquistar la simpatía tanto de los campechanos como de los yucatecos. Otras muchas cosas también hizo el Protector durante su año en Yucatán, pero no tienen significación militar.

Poco después de su regreso a México don Antonio se casó con doña María Inés de la Paz García, de buena familia y apenas de quince años. Iban a pasar su luna de miel en la hacienda de

Manga de Clave, que había comprado el brigadier y que había de hacerse muy importante en la historia de México. "Manga de Clave es para Santa Anna refugio en la desgracia, sitio seguro para intrigar, trampolín de donde brinca al poder. Cubil y fortaleza. Campos floridos para la tranquilidad. Salones y salones para la diversión y el placer. Aposentos oscuros para la conspiración. Asilo durante el olvido, centro del país durante la fortuna. Imposible pensar en Santa Anna sin pensar en Manga de Clave."⁴

Por algún tiempo vivía el Protector muy tranquilo como modesto provinciano. En efecto, reinó la tranquilidad por todo el país. Y en este momento de paz, antes de que emprendiese el escrutinio de otra época turbulenta de la vida de don Antonio López de Santa Anna, nos es prudente apuntar lo que en esos días escribió de él don Lorenzo de Zavala, más tarde traidor. "El alma del general Santana no cabe en su cuerpo. Vive en perpetua agitación. Se deja arrastrar por el deseo insaciable de adquirir gloria.....Ignota la estrategia. Llegada la ocasión, desarrolla frente del enemigo los inmensos recursos de su genio. Santana no ha perfeccionado el estudio

de sus talentos militares. Si llega a convencerse de que la guerra se hace por principios, y de que la ciencia es necesaria para matar miles, e centenares de miles de hombres, entonces vendrá a obtener un lugar entre los generales de superior fama.⁵

En este comentario de Lorenzo de Zavala sobre Santa Anna encontramos mucho de verdad. Es una crítica casi perfecta de Santa Anna como militar. Nada más que fué escrita muchos años antes de la terminación de su carrera militar. Se de notar que Zavala vió en aquel entonces su falta de estrategia y su tendencia de no formular su plan de batalla hasta que llegase al campo. Años después esto iba a costarle todo en la Batalla de San Jacinto. También podemos añadir que nunca llegó Santa Anna a convencerse que la guerra se hace por principios y que la guerra en verdad es una ciencia. Resulta que de ninguna manera se puede colocar a Antonio López de Santa Anna entre los generales de superior destreza o habilidad. Sin embargo, por medio de su personalidad maravillosa, obtuvo un lugar entre los generales de superior fama. Pero, a pesar de esta reputación, nunca era gran militar.

Después de breve período de paz bajo la presidencia de Guadalupe Victoria se reanudaron las conspiraciones y las revoluciones. El padre Arce instigó una conspiración barbenista y murió en el patíbulo. E iban las cosas de mal en peor, creciendo la confusión y el desorden por todas partes de la República, hasta que se sabía Victoria qué hacer. Y con el regreso de las revoluciones, regresó también de su retiro don Antonio López de Santa Anna, no más brigadier sino general.

En el mes de julio de 1827 el coronel José Rincón, que ocupó el puesto de comandante del puerto de Veracruz, conspiró contra la autoridad civil. Santa Anna vio su oportunidad de entrar de nuevo en la vida política y militar de su estado y de su país. Ofreció sus servicios al gobernador Barragán y él los aceptó. El Protector se encargó velosamente de la comandancia, y como premio recibió el nombramiento de vicogobernador del estado. Poco después Barragán se separó, "por enfermedad," de su cargo y lo ejerció Santa Anna.

El 23 de diciembre promoció en otumba al teniente coronel Manuel Montañó, realmente en

nombre del vicepresidente Nicolás Bravo, con un plan demandando la extirpación de toda clase de sociedades secretas, la renovación absoluta del ministerio de Victoria y la expulsión del obispo Poinsett.

Sin esperar órdenes del gobierno federal, Santa Anna reunió a ciento cincuenta soldados y se marchó sobre Huamantla, de donde ofreció sus servicios a Guerrero, jefe de la columna enviada contra los rebeldes. Sorprendido el general Guerrero al recibir esta oferta, pues se había creído que Santa Anna era con los pronunciados, pronto aceptó con mucho gusto. Y marchando rápidamente sobre Tlalaxiango, en donde estaba el general Bravo, le hicieron capitular el 7 de enero de 1828. En esta acción vemos otro caso en que Santa Anna dió un golpe muy inesperado. Y vemos notando que de estos movimientos rapidísimos y ataques repentinos resulta la mayor parte de su éxito militar.

Premiado por "su lealtad e intrepidez" con el puesto de gobernador del Estado de Veracruz, Santa Anna tomó posesión de su cargo en el momento de la elección del nuevo presidente. Los candidatos eran Vicente Guerrero y Manuel Gómez Pedraza. Resultó que dios legislaturas



votaran en favor de Pedraza, y como en favor de Guerrero. A Santa Anna no le gustó esto, porque era partidario del general Guerrero. La legislatura de Veracruz, no quedando satisfecho por la actitud de Santa Anna, lo depuso y nombró en su puesto al general Ignacio Mara.

El Protector abandonó su cargo tranquilamente, pero sentía que había descontento en todo el país a causa de la elección. "Don Antonio advierte el sentimiento popular. Tiene una supersensibilidad que le hace percibir claramente los sentimientos que abriga la masa. Capta las vibraciones de la excitación, sabe el momento de obrar. Conoce cuál causa es la que tiene la simpatía de la opinión pública."⁶

En la capital de México se publicó el 7 de septiembre de ese año de 1838 un papel titulado "Levantamiento del general Santa Anna a grito de libertad," en que se anunciaban los hechos que había de suceder dentro de cuatro días en el Estado de Veracruz. Lo que indicaba un acuerdo de antemano entre Santa Anna y el partido de Guerrero. De todos modos, salió aquél de Jalapa la noche del 11 de septiembre y se marchó sobre la fortaleza de Perote, cuya guarnición se le unió con entusiasmo a los ochocientos soldados

que ya mandaba Santa Anna. Y entonces el protector leusó lo que unos llaman "singular documento" y "proclama llena de inexactitudes, de calificaciones arbitrarias y de apasionadas declamaciones".⁷ La proclama atacó violentamente a Pedraza: "Ministro astuto e intrigante..., relacionado con las clases privilegiadas, siempre inclinado a una forma aristocrática..., hipócrita y adusto..., propio para el despotismo... Ha levantado su espantosa cerviz la hidra de la tiranía! Santa Anna morirá antes que ser indiferente a tal desgracia! El ejército y el pueblo sancionan la elección de Manuel Gómez Pedraza, a quien no se admite ni como presidente ni como vicepresidente."⁸

El 17 de septiembre el Congreso general respondió decretando fuera de la ley a Santa Anna y sus cómplices. Y el general Manuel Rincón fué enviado contra el castillo de Perote. Pero Rincón no sabía contender con las maniobras del general sitiado, que hizo muchas salidas embarazosas para el general sitiador. Una vez se apoderó Santa Anna de dieciocho mil pesos mandados a las fuerzas gobiernistas. Al fin se reforzó Rincón por una columna comandada por Calderón.

7. México a través de los siglos, tomo IV, p. 189.
8. Mayor, Santa Anna, p. 74.

No había secundado nadie el plan de Santa Anna, y los generales Calderón y Mirón esperaban sofocar la rebelión. Entonces el Protector, viéndose en situación insostenible y dándose cuenta de que su captura podría resultar en su muerte, resolvió evacuar la fortaleza de Foxote y dirigirse al Estado de Oaxaca, en donde confió encontrar ayuda y también oportunidad de comunicar con otros generales a fin de que éstos se le uniesen.

Dejando una pequeña guarnición en el castillo, salió con las demás tropas la noche del 12 de octubre, sin que les viera el enemigo. Al pasar por Orizaba y Tehuacán ignus préstamos de cuantos pesos pudieran recogerse. Acercándose a la ciudad de Oaxaca, destacó a unos dragones bajo Arista y se fue a tomar posesión de la plaza, cosa que hicieron fácilmente.

Pero Santa Anna con el grueso de su ejército tenía que hacer frente al enemigo que le seguía, en el pueblo de San Juan del Estado. Pero no hubo combate, sino conferencia, "en la cual se convino, a proposición del rebelde, que fueran suspendidas las hostilidades, mientras que un extraordinario llevaba a la ciudad de México la noticia de que la guerra se continuaría sino hasta que el congreso se reuniera para resolver sobre el caso electoral, que era la

causa del levantamiento de Santa Anna.⁹

Pero el estatuto general veracruzano había amañado el convenio de modo que no se estipuló nada referente al movimiento de las tropas rebeldes. Así, Santa Anna salió de San Juan el 6 de noviembre para ocupar Oaxaca, posesionándose de tres conventos. Rincón, considerando que se había roto el convenio, avanzó sobre la ciudad. Santa Anna vino fuera de Oaxaca y entró en combate con el enemigo. Dentro de poco los rebeldes se vieron obligados a retirarse prontamente a sus conventos. Entró Rincón también en la ciudad, de modo que cada facción dominaba la mitad de la plaza.

Durante esos días de peligro aunque de poca actividad, Santa Anna mostró su espíritu inquieto en varias expediciones nocturnas por la ciudad. Se dice que una vez salió disfrazado con dos compañeros y llegó hasta a las puertas del cuartel del enemigo, y allí capturó al centinela para interrogarlo después de conducirlo a su convento. En otra ocasión salió de día en vestido de mujer y recorrió varias calles, informándose de las posiciones del enemigo. Pero su salida más audaz,

9. Valadés, Santa Anna y la Guerra de Texas, p. 91.

y la que mejor indicia el espíritu aventurero del hombre, era la de la noche del 29 de noviembre, en que marchó con un piquete de soldados al convento de San Francisco, cuyas muros se escalaron. Vistiéndose con los hábitos de los franciscanos, los rebeldes llamaron a misa a los fieles. Ya lleno el templo, Santa Anna hizo cerrar las puertas y pidió una contribución. Y se dice que los ricos "pagaron muy pronto." Por este ardor Santa Anna esperaba capturar también al general Calderón, que había sustituido al general Rincón en el mando de las tropas del gobierno. Pero en esto fracasó.

Cada día sufrían los contrarios más por falta de víveres, y no se sabe qué habría sucedido si no se había levantado don Juan Álvarez en el puerto de Acapulco. Pronto respondió otro, después de tanto tiempo, al "grito de libertad" que dió Santa Anna en Perote. Pedraza renunció a la presidencia antes de asumir el puesto, y se fué. Guerrero quedó nombrado.

Y don Antonio, triunfante, volvió de Oaxaca y recuperó su puesto de gobernador del Estado de Veracruz, logrando también, por ser "valiente

patriota", la comandancia militar de la provincia.

Esta es otra revolución en que salió Santa Anna triunfante sin ganar ninguna batalla importante. Al contrario, en esta sublevación perdió en la única ocasión que puede llamarse batalla. Pero el Protector era bastante listo, muy hábil en ardises y cosas de intriga, y presintió de una manera notable la opinión pública. Además, tenía todavía buena suerte.

EL RESERMINITO DE LA PATRIA



En 1829 los españoles decidieron intentar la reconquista de México, creyendo que sería cosa de poca dificultad, puesto que en España Calleja y otros habían hablado mucho de las condiciones caóticas en la nueva república y de los deseos del pueblo de sujetarse otra vez al Rey de España.

Así, la expedición de la reconquista embarcó de la Habana el 6 de julio de 1829. Bajo el mando del brigadier Isidro Barradas iban unos 3.000 hombres en una flotilla comandada por el almirante Laborde. Después de un pasaje turbulento en que se perdió una fragata (y también la prolección de Barradas, que en una ocasión arrojó platos a la cabeza de Laborde), se hizo el desembarco en Cabo Rojo el 27 de julio. Desde allí marcharon los españoles sobre Tampico, que se ofreció resistencia. Pero en seguida comenzaban los españoles de caer víctimas de las fiebres tropicales.

Entretanto, Santa Anna no había estado inactivo. Recibió noticias de los preparativos para la expedición y, según una de sus biógrafos, las transmitió "al presidente, general Guerrero, con todo secreto, y obtiene autorización para salir a batir a los

españoles, cualquiera que sea el punto del litoral en que desembarquen. El Gobierno está en la más completa miseria. No tiene almacenes militares, ni víveres, ni provisiones; el ejército está casi desqueto. Y deja a Santa Anna que arregle todo, como pueda, bien o mal. Así, al mismo tiempo que organiza en Cuba la expedición, se prepara en Veracruz la defensa.... Los españoles de Veracruz, que pueden informar al capitán general de Cuba, no se dan cuenta de nada. Sólo el presidente de la República y el comandante militar saben el secreto. Y éste, cosa rara en él, lo guarda."¹

Pero nos aseguran otros historiadores² que Santa Anna obró por sí mismo y sin esperar órdenes del gobierno federal. De todos modos, al recibir noticias de la salida de la expedición de la Habana y poco después de su desembarco cerca de Tampico, "el joven general tuvo brillante ocasión de desplegar su actividad y energía; luego préstamos forzados; ocupó los buques mercantes y de guerra surtos en la bahía de Veracruz; en ellos embarcó su fuerza de infantería, que no llegaba a dos mil hombres, y ordenó a la caballería se dirigiese por la costa rumbo a Tampico. El paso de Santa Anna era temerario, y sin embargo, su audacia, favorecida por la fortuna, le condujo hasta Pueblo Viejo, apenas una milla distante del enemigo."³

1. Muñoz, Santa Anna, pp. 78-79.

2. Valadés y Calicott.

Tocante a la temeridad de Santa Anna en este caso, el Sr. Muñoz dice: "El estatuto general dice que él nunca pide al enemigo por la fuerza, sino por el seso. Además, tiene fe en su suerte, en la casualidad. Ningún problema futuro, próximo o lejano, le preocupa. Cuando se le presenta, busca la manera de resolverlo. Es un gran improvisador. De ejércitos, de planes, de programas, de ardores y de disculpas. En ocasiones, improvisar le sale bien. En otras, de todotitos los diablos."⁴ El desastre de Texas nos ofrece el mejor ejemplo de la ocasión en que improvisar no le salió bien. Pero ni aquella catástrofe le quitó de ser oportunista y optimista.

El brigadier Barradas, sin saber nada del avance de los mexicanos, se movilizó sobre Alta Mira y Villavieja, dejando en Tampico a quinientos soldados, entre ellos muchos enfermos, bajo el mando de un coronel anciano, Salas.

Llegando al otro lado del río Pánuco, Santa Anna se dio cuenta de la ausencia de Barradas y la mayoría de los españoles. Y desde luego, "inflado por el espíritu de gloria, despreciando las tácticas militares, confiando siempre en el desarrollo de las operaciones ofensivas o defensivas, ya sobre el campo de batalla, lleno con su

laca imaginación, sintiéndose suficientemente grande para no llegar al fracaso.⁵ Santa Anna resolvió cruzar el río en pequeños botes y piraguas y dar un golpe inesperado a Salomón. Mas la maniobra no fué sorpresa a nadie. Por medio de espías, sabían perfectamente los españoles lo que hacían los mexicanos. Y no logrando sorprender al enemigo, don Antonio se vió en la más peligrosa situación, puesto que a sus espaldas había el río bloqueando la retirada en caso de una derrota. Ya cegado en tal aprieto por su audacia y descuido, Santa Anna manifestó otra de sus características: gran valor. Atacó furiosamente a los españoles, los cuales se defendieron bien. Pero el viejo Salomón, temiendo perder sus posiciones, pidió una suspensión, esperando que llegase pronto Barradas, a quien había enviado noticias de la llegada de las tropas mexicanas. Y a Santa Anna también le convenía bastante la cesación de hostilidades, porque le era preciso repasar el río antes de que viniese Barradas.

Mientras se efectuó la entrevista en el Consulado inglés, llegó Barradas con su columna a Tampico. Entró en conferencia con Santa Anna y concedió que las fuerzas mexicanas regresaran al otro lado del río. Hizo esta concesión por temor

de que el general mexicano Manuel de Mier y Terán, que había acudido en ayuda de Santa Anna, atacara su retaguardia, poniéndolo así entre las dos columnas mexicanas.

Pasaban unos días, en los que llegaron otros soldados mexicanos hasta que contaban más de 7.000. Entonces el brigadier Barradas, desmayado ya por todas las circunstancias y haciéndose cargo de la imposibilidad de reconquistar el territorio de la República de México, pidió otra entrevista con el jefe veracruzano. Pero ahora el Protector no tuvo nada que ganar conferenciando o platicando, y rehusó con esta mentira: "Se prestaría gustoso... a la entrevista... pero un extraordinario que me llegó anoche de la capital con fecha 22 del que corre, me trajo una nota previniéndome que no oyese a V. S. si no era para capitular o evacuar el territorio nacional."⁶

Y cuando Barradas comunicó a don Antonio que había determinado evacuar el país (aunque no tenía en qué evacuarlo, ya que la flotilla española regresó a Cuba una vez completado el desembarco), Santa Anna replicó con arrogancia: "El territorio de la opulenta México ha sido invadido por V. S. tan sólo por el osinoso y bárbaro derecho de la

6. Muñoz, Santa Anna, p. 89-90.

fuerza. Un puñado de aventureros... ha puesto en conflagración y alarma... a ocho millones de hombres libres que han jurado mil veces morir antes que ser esclavos. Mis numerosas divisiones se arrojarán sobre su campo sin dar cuartel a ninguno, si V. S. no se rinde a discreción."⁷ Y cuando el español propuso "una transacción con honor e los efectos de que es capaz una división de valientes," Santa Anna repitió: "O rendirse a la generosidad mexicana, a fin de que vuelvan a su tierra natal esos desgraciados que comanda, o resignarse V. S. a una inminente catástrofe."⁸

Sin duda alguna, los españoles habrían capitulado dentro de poco tiempo, pero Santa Anna decidió obligar la rendición por una victoria. El 10 de septiembre hubo un huracán en la región de Tampico, y esa misma noche ordenó un ataque sobre el fuerte de La Barra, que estaba situado en la desembocadura del río y defendido por 550 españoles. Duró la acción de una manera muy sangrienta desde las dos de la noche hasta amanecer, cuando capituló el comandante español. Santa Anna se vio después acusado de sacrificar soldados inútilmente, pero él sabía que por batallas y muertes se gana la gloria militar. Y a él le importaba la gloria más que nada.

7. Muñoz, Santa Anna, p. 91.

8. Ibid., p. 91.

Toda la república quedó llena de regocijo al tener noticias de la capitulación de los invasores. Y el pueblo no podía encontrar ni inventar suficientes honores y títulos para el general triunfante: el Vencedor de Tampico, el Benemérito de la Patria, etc., etc.

Pero tenemos que notar que éste es otro gran triunfo conseguido sin la ayuda de una sola victoria en el campo de batalla. Ya posee Santa Anna gran fama militar, pero es un general que nunca gana victorias por las armas. Gana por su actividad, su personalidad, sus ardidés, sus intrigas, sus palabras. "Su popularidad nace y se desarrolla entre falsedades y exageraciones, frases rebuscadas y fanfarronerías que halagan la sensibilidad del pueblo."⁹

9. HUBER, Santa Anna, p. 95.



DISFRUTANDO DE LA GLORIA Y DEL PODER

Al partir de la capitalación de Barradas en Tampico, el poderío de Antonio López de Santa Anna había de crecer constantemente por más de seis años. En este período ocupó la silla presidencial varias veces y, no ocupándola él mismo, hizo que la ocupase una persona de su selección.

Él no participó en otros movimientos militares hasta que estalló una revolución en Veracruz el 3 de enero de 1838. El pronunciamiento llamó a la jefatura suprema al Vencedor de Tampico. Pero éste escribió una carta al presidente Bustamante expresando su deseo de servir como mediador, aunque en esos momentos estaba apoyando a los rebeldes. El Gobierno no aceptó sus servicios pero reunió en Jalapa un ejército de 4.000 hombres bajo el torpe Calderón, el mismo que seguía a Santa Anna de Perote a Oaxaca en 1828. Además, José Antonio Paez, ministro de la Guerra, comenzó la organización de otra columna en Puebla.

Entonces Santa Anna, poniéndose a la cabeza de los insurgentes, declaró que antes del 15 de

marzo estaría en la capital, triunfante. Pero el levantamiento no se había secundado por otros jefes y el Benemérito, después de organizar sus tropas, tuvo que esperar en el puerto para que viniese el enemigo. Y esperó unos cincuenta días mientras Calderón caminó lentísimamente. Al fin, "el 21 de febrero está (Calderón) a la vista del puerto, única posición del ejército rebelde. Santa Anna ... trepa al bastión más alto y haciéndose una bocina con las manos abiertas, grita:

-- Ejército de sangrejones!"¹

Creyendo que venía un convoy con dinero y elementos de guerra para Calderón, el audaz general rebelde salió de noche de Veracruz con unos jinetes y granaderos y el 24 de febrero se apoderó con facilidad del convoy. Siempre inquieto, y entusiasmado por la captura hecha el 24, salió Santa Anna de nuevo el primero de marzo con unos 1.300 soldados, muchos de ellos sin conocimientos en la guerra. A las diez de la mañana del 3 de marzo principió la batalla de Toluá entre Santa Anna y Calderón, éste con una columna que contaba más de 4.000 hombres. Peleaban valientemente los santanistas hasta las cinco de la tarde, pero el único resultado de su valor era una derrota completa en que Santa Anna sufrió la pérdida

1. Muñoz, Santa Anna, p. 102.

también de la mitad de sus fuerzas. Otra derrota.

Con su maravillosa actividad, Santa Anna reorganizó sus tropas y se fortificó en la plaza de Veracruz. Avanzaron Calderón y Facio, pero a paso de tortuga. No era sino hasta el 14 de abril que establecieron el sitio. Pero del sitio no vino nada para el ejército gobiernista salvo enfermedades que mataron a 1,000 de los sitiadores. Desesperado, Calderón levantó el sitio en un mes y se marchó a Jalapa.

Esa retirada era el señal para que cesase el Besconchito de sus fortificaciones y siguiese al enemigo. Pero el 13 de junio se encontró otra vez en posición peligrosa, ya que se había metido entre dos partes del ejército del gobierno. Lo que le salvó esta vez era una gestión de armisticio hecha por un hacendado en nombre del gobernador Canacho y del general Victoria. Se firmó un convenio que hizo suspenderse las hostilidades temporalmente.

Entretanto, había otros pronunciamientos por el país rechazando a Bustamante y llamando a Pedraza a ocupar la silla presidencial. A Santa Anna no le agradó esto, pues se había sublevado en 1833 a deshacer la elección del mismo Pedraza. No obstante,

vió claramente la necesidad de juntarse ahora a los otros pronunciados si quería triunfar, y lo hizo.

Regresadas sus divisiones con refuerzos de Tamaulipas, don Antonio avanzó a fines de septiembre hasta Puebla y un mes más tarde puso sitio a la capital. Pronto regresó el general presidente Bustamante de San Luis Potosí, en donde había derrotado a más insurrectos bajo el general Tecúzuma. El 13 de noviembre los ajéroitos de Santa Anna y Bustamante, dos enemigos áperos, chocaron en un combate bastante reñido que no dió ventajas a ninguno de los dos jefes.

De súbito marchó Bustamante hacia Puebla con el objeto de tomar posesión de la ciudad y de cortar así la línea de comunicación entre Santa Anna y Veracruz. Siguió Santa Anna y había unas escaramuzas en los alrededores de Puebla, después de las cuales se iniciaron otras pláticas resultando en el tratado de la hacienda de Savaleta, firmado el 23 de diciembre.

En vez del 13 de marzo, entró Santa Anna en la capital el 3 de enero de 1833, triunfante pero una vez más sin victoria. Se había prolongado esa guerra civil un año entero, día por día. Y se encargó Pedraza

de la presidencia hasta las elecciones legales el primero de abril del mismo año.

Después de unos días en la capital, partió el General para Tlaxcala de Clave, expidiendo su inevitable manifiesto: "Si alguna vez volviera alguna vez a turbar la paz pública y el orden constitucional, la nación no debe olvidarse de quien está listo a derramar hasta la última gota de su sangre."³

Y resulta que por las elecciones quedó nombrado presidente de la República el ilustre "Vencedor de Tampico", a la edad de sólo treinta y nueve años.

Pero no renunció en seguida su oficio, dejándolo en manos del liberal Gómez Farías. Quería disfrutar de su gloria. Y, quedándose en Tlaxcala de Clave, podría mejor mirar las cosas y así guardar su gloria. Con Gómez Farías en la presidencia, "si las cosas van bien, a él (Santa Anna) se lo debe. Si los liberales fracasan, él llegará, como salvador, a eliminarlos del Gobierno."³

Y tan tempestuosa y radical era la administración de Gómez Farías que dentro de un mes y medio apareció Santa Anna en México para ejercer el poder supremo. Pero ya estaban los militares y el clero en gran agitación, y aún la derogación de las disposiciones dictadas por los liberales no impidió que continuasen las sublevaciones.

Volviendo a dejar la presidencia en manos de Gómez Farías, Santa Anna partió de la capital a combatir los rebeldes, encabezados por el general Carlos Durán, quien se retiró hacia Cuautla. Avanzaba Santa Anna sobre ese lugar cuando su segundo en jefe, el general Mariano Arista, de acuerdo con los otros jefes del ejército gobiernista, pronunció en favor de Santa Anna como Supremo Dictador.

Entonces se festuó una comedia, una farsa. El general en jefe se consideró prisionero: "Soy prisionero de ustedes; hagan lo que gusten; yo moriré cien veces antes que admitir la dictadura. Nunca será tirano de mi patria!"⁴ Al mismo tiempo el ejército y los oficiales gritaban "vivas" al Benemérito, de quien querían hacer dictador.

El 10 de junio Santa Anna se largó de la hacienda en donde había estado bajo la vigilancia de los oficiales de Durán y de Arista. Pasó unos días en Puebla antes de regresar a México, preparando en ésta una división con la cual salió a Querétaro a batir a los insurgentes. Tuvo que quedarse inmóvil un mes y medio en Querétaro mientras recobró dinero, organizó a sus fuerzas y combatió las epidemias. Entonces se puso en marcha, y los rebeldes retrocedieron a Cuauajauto, frente a cual plaza llegó con Antonio el 6 de octubre.

Ese mismo día los gobiernistas atacaron a la tropa

de Arista con desuado, y el 7 Arista le comunicó que quería dar fin a la guerra, pidiendo amnistía para él y su ejército. No dispuesto a aceptar una rendición condicional, Santa Anna atacó otra vez. Y el 8 Arista se vió en tal estrecho que rindió con la seguridad de que su vida y las de sus oficiales fueran respetadas.

De ese tiempo hasta el principio de la desastrosa guerra de Texas, Santa Anna continuaba reinando aunque no gobernando, salvo por períodos cortos. No tomó parte en otras actividades militares, pero su gloria y su poder marchaba en ascenso.



TEXAS.... SAN JACINTO.... DEBAYNE

Venimos ahora al período que marca un cambio notable en la vida de Antonio López de Santa Anna. Hasta el año 1835, en que se marchó al Norte a entregarse al desastre de Texas, se había favorecido casi siempre por la suerte, si bien no había ganado apenas una sola batalla. De aquí en adelante continúa esta escasez de triunfos militares, pero la suerte cesa de favorecerle. Después de ser derrotado en la Batalla de San Jacinto, perdiendo así una guerra ya ganada, Santa Anna no vuelve a alcanzar la misma gloria de que gozaba en esa etapa de su carrera entre los años 1829 y 1835. Pero sí tenía el mismo poder, y aún más, en unas ocasiones posteriores a la guerra de Texas. Y cuando disfrutó de tanto poder incurrió el odio del pueblo por su tiranía, hasta que perdió todo con su dictadura de 1853-55.

Sería bastante interesante el estudio de los orígenes del problema de Texas, mas no podemos dedicarnos a tal estudio. Sólo podemos mirar los hechos militares del Vencedor de Tampico en el desarrollo de esa primera desmembración de México.

Cuando el general Santa Anna se presentó en la capital en noviembre de 1835 con objeto de marchar

sobre los amotinados colonos y aventureros norteamericanos que poblaban el estado o mejor la provincia de Texas, casi no podría ser peor la situación del país. Existía una indiferencia popular; la tesorería se encontraba sin fondos algunos y con el crédito agotado; el ejército estaba en estado de gran desorganización; "el país carecía de industria, la agricultura estaba en el desnivel producido en la formación del nuevo tipo de hacienda; el comercio había pasado a depender de los Estados Unidos; la población del país había disminuido; los puertos, a excepción del de Veracruz, estaban desartillados; por lo que respecta al armamento, a excepción de unos cuantos cientos de rifles traídos de Inglaterra a raíz del triunfo de la independencia y de los tomados de los expedicionarios españoles en 1829, era el mismo que habían usado los soldados realistas en la guerra contra la insurgencia."¹

Sin embargo, el optimista Santa Anna reunió a dos mil hombres en México (la mayoría siendo producto de la leva) y el 23 de noviembre salió hacia el norte. Instalado en San Luis Potosí el 5 de diciembre, se paró a preparar su ejército. "De nuevo, el gran organizador se muestra en toda su actividad, fértil en recursos de imaginación, incansable, autoritario, reúne dinero, reúne hombres, fabrica pertrechos, reúne armas y caballos, uniformes, disciplina. A fines

de 1835, un ejército de 6.900 inexpertos reclutas se lanza al desierto, a cruzarlo en una longitud de 1.700 kilómetros.²

De San Luis el Benemerito mandó órdenes al general Ramírez y Sesma, que estaba entonces en Saltillo, para que siguiese el camino a Texas para ayudar al general Martín Perfecto de Cos en defender San Antonio de Béxar. Pero el general Cos fué atacado por los sublevados el 5 de diciembre, después de un mes de seminito, y al cumplirse una semana de lucha, vió la imposibilidad de defenderse más, por carencia de todos los elementos de guerra. Capituló el 11 de diciembre, prometiendo repasar el río Bravo del Norte y no volver a pelear contra los insurrectos.

Saliente con sus fuerzas de San Luis el 2 de enero de 1836, Santa Anna llegó a Saltillo el día 6. En Saltillo dió instrucción a sus muchos reclutas y se dedicó a formular un plan de campaña -- cosa bastante rara en Santa Anna. Mandó que el general Ramírez y Sesma abandonase la ciudad de Laredo y se movilizase en San-clewa, hacia donde marcharía el grueso del ejército, para seguir de allí hacia Río Grande y San Antonio de Béxar. También dispuso que el general José Urrea se instalara en la plaza de Matamoros. Este último era

2. Suñer, Santa Anna, p. 115.

un militar de gran experiencia y de no pocas cualidades admirables. Al contrario, parece que el general Ramírez y Sesma era cruel y que "gustaba del juego, de la orgía y del dinero."³ El segundo en jefe del ejército, el general Vicente Filisola, se mostró más tarde carente de la iniciativa. Vasconcelos afirma que la honra de Filisola "corría parejas con la de su jefe."⁴ Como generales de las brigadas de la columna central Santa Anna nombró a Juan J. Andrade, Antonio Caena y Ezequiel Telles, de los cuales éste era el más militar. Hay mucha diferencia de opinión entre los historiadores respecto al número total de soldados que Santa Anna tenía a su mando en las operaciones sobre Texas, pero nos conviene aceptar como equitativo el cálculo del Sr. Valadés, quien declara que "el total del ejército mexicano... era de seis mil ciento once hombres entre generales, jefes y oficiales y soldados, sin incluir a las fuerzas del general Cos,"⁵ de los cuales unas quinientas se unieron a la columna de Ramírez y Sesma en Laredo.

Como ya hemos visto, el general en jefe eligió seguir de Saltillo el camino por Monclova y Río Grande, a pesar de ser este camino quince leguas más de longitud que otro que iba por Laredo. Se eligió el camino del mayor número de leguas entre Saltillo y San Antonio de

3. Valadés, Santa Anna y la guerra de Texas, pag. 134.

4. Vasconcelos, Breve Historia de México, pag. 411.

5. Valadés, op. cit., pag. 132.

Sólo porque el camino por Rio Grande ofrecía lugares de aprovisionamiento.

Y ahora, mientras dejamos al ejército mexicano marchando de Sanclaya a Rio Grande en los últimos días de enero de 1836, debemos detenernos, para hacer justicia a dicho ejército, a escuchar unas relaciones de los soldados de Santa Anna en su travesía del desierto. Sólo así podemos juzgar justamente varias de las cosas que pasaron en la campaña de Texas.

"Lentitud. La impedimenta va en carretas tiradas por buyes. Penalidades..... Vientos fuertes barren el llano día y noche, fríos intensos causan la muerte de algunos caballos. Invierno. A veces, la caballería pasa la noche a campo raso, sobre media vega de nieve.

Mueren los animales, la carga se pierde en la contra helada. Los buyes perecen o se dispersan. Los carros con provisiones quedan abandonados. Ries. Hay que hacer balsas frente a cada uno, porque el ejército no lleva equipaje de puente. Carros volcados sobre las aguas, soldados que se pierden en la corriente. Pólvora que se moja. Tiempo que corre. El ejército va dejando una estela de cadáveres y despojos."⁶

"Es cierto que el general Santa Anna incurrió en numerosas imprevisiones. Pero cuándo un ejército mexicano había marchado a dos mil kilómetros de la

ciudad de México? Bónce el ejército había contado hasta entonces con ingenieros y con expertos en el arte de la guerra?..... No era, pues, un ejército regular el que marchaba hacia Texas. Era una columna de abnegados hombres de los cuales unos por la fuerza, otros por ambición de aventura y otros más porque tal era su carrera, que iban a un lejano territorio a exponer su vida no solamente ante las balas del enemigo, sino ante inclemencias del desierto, sin la técnica de la guerra, sin la disciplina del cuartel, sin espíritu de mercantilismo, de pillaje, México no podía, por sus hondas y amargas miserias, enviar a Texas otro ejército que aquel de desarraigados, que con sus mujeres y con sus hijos llevaba los caminos del norte."⁷

"Al fin, ocho mil hombres muy mal equipados salieron (de Saltillo), pero apenas se emprendió la marcha por el desierto cuando se escaseaban tanto las provisiones que había que reducir las raciones hasta la mitad. Aún más espantosas eran las penalidades por motivo de la falta de agua. Como de costumbre, las fuerzas iban acompañadas por sus esposas y sus hijos. El sufrimiento de estas mujeres y estos niños era tan intenso que se dice que en un día murieron treinta de ellos a causa de la sed..... El viaje al río Grande era una orfandad dolorosa para hombre y para bestia."⁸

7. Veladés, Op. cit., pag. 192.

Después de una permanencia de cuatro días en Río Grande, Santa Anna siguió la marcha hacia San Antonio de Béxar, expediendo en el camino una proclama el 17 de febrero: "Compañeros de armas! Nuestros más sagrados deberes nos han traído a estas llamas, obligándonos a emprender esta marcha para combatir a esta chusma de aventureros ingratos, a quienes nuestras incultas autoridades prodigaron unos favores con que no se distinguieron a los mismos mexicanos. Se han apropiado de nuestras territorios y levantando el pendón de la rebelión a fin de separar de nuestra república este fértil y vasto departamento, persuadiéndose de que nuestras disensiones intestinas nos imposibilitarían atender a la defensa de nuestro territorio. Miserables! Pronto verán su locura.

Soldados! Vuestros compañeros de armas han sido traidoramente sacrificados en Añahua, Goliad y Béjar, y a vosotros os toca castigar a los asesinos."⁹

Todavía tenía don Antonio su opinión muy desdichosa de los texanos.

Al entrar las fuerzas mexicanas en San Antonio el 26 de febrero, ocurrió un episodio que descubre perfectamente el carácter poco escrupuloso del llamado Benemérito. Vió en una casa de San Antonio a una joven de extraordinaria belleza. Cuando Santa

Santa Anna intimó que quería hacerla propiedad suya, la madre de la joven respondió que sólo casada la entregaría y que seguramente el general respetaría el honor del padre, quien había sido un antiguo oficial del ejército mexicano. Santa Anna manifestó su respeto por medio de un plan detestable en que fingió un matrimonio. Un oficial se disfrazó de sacerdote y la ceremonia se efectuó en el mismo cuartel del general en jefe. Era la segunda vez en que don Antonio empleó el hábito del clero para llevar a cabo sus designios.

Mientras tanto, los texanos se habían fortificado en la vieja misión del Álamo, y a la llegada de los mexicanos se estableció el sitio. No se sabe por cierto cuántos eran los defensores del Álamo, pero eran más o menos 183 hombres blancos, unos esclaves negros, unas mujeres y la hijita del capitán Dickinson. El 5 de marzo anunció Santa Anna su decisión de asaltar el fuerte al día siguiente.

Los sublevados del Álamo habían rechazado todas las intimaciones a rendición del jefe mexicano, y así éste a las cinco de la mañana del 6 de marzo mandó dar el toque de ataque sin cuartel -- el "degüello." Santa Anna dividió sus fuerzas en cuatro columnas de asalto, las cuales iban mandadas por el general Cos y los coroneles Morales, Romero y

fuere. Después de tres asaltos furiosos por los mexicanos, el muro exterior quedó en manos de éstos. Los defensores, resistiendo muy valientemente, retrocedieron al convento, el recinto interior y la iglesia. Pasó casi una hora más de sangrienta lucha cuerpo a cuerpo en que los mexicanos se apoderaron de cada aposento y mataron a cada defensor. Se dice que el jefe de los sublevados, Travis, fué uno de los últimos encontrados por los mexicanos, y hay los que afirman que el valiente Travis, ahora acobardado, ofreció a pagar mucho dinero si no le mataban.¹⁰ Otros autores, al contrario, niegan la verdad de esta versión: "A tal grado llega el afán de dramatizar un capítulo sangriento de la guerra, que se pone en ridículo a Travis presentándosele como un acobardado que ofrece dinero al verdugo..... No más factible que un hombre del valor de Travis se haya suicidado viéndose perdido."¹¹

Además, difieren los escritores en culpar a Santa Anna por la matanza del Álamo. Dice uno: "Muichilobos había encarnado esta vez en un criollo."¹² Pero hay otro que habla así: "Los escritores corteamericanos que han querido teatralizar este asalto presentando al general Santa Anna como un 'caricero',

10. Vasconcelos, op. cit., pag. 119.

11. Valadés, op. cit., pag. 232-23.

12. Vasconcelos, op. cit., pag. 436.

olvidas que los defensores del Álamo hicieron una resistencia vigorosa hasta el último momento y que no tuvieron piedad para los asaltantes que pudieron tener a tiro de sus rifles y de sus cuchillos, y que los atacantes, sin haber recibido órdenes expresas para acabar con los sublevados, obraron por cuenta propia. Más cruenta, infinitamente más cruenta, fué la matanza de San Jacinto, adonde se obró con espíritu vengativo y adonde se asesinó a los indefensos que para salvar sus vidas se habían arrojado a los pantanos.¹³ Pero olvida este escritor que había dicho en la misma página que los hombres de Santa Anna "mataban a los enemigos sin piedad, para vengar en ellos los sufrimientos de una campaña que querían abreviar." Y olvida también, en lo de San Jacinto, que esa matanza terrible era resulta directa del ejemplo dado por Santa Anna con los defensores del Álamo y con los prisioneros de la batalla de Goliad. En realidad, se puede echar a Santa Anna de otro modo la culpa de la matanza de San Jacinto, porque la hizo posible por su ineficacia, su desunido y la malísima posición que escogió.

En la toma del Álamo el ejército mexicano sufrió unas 400 bajas, pero vinieron noticias de otras victorias más fáciles y menos costosas.

13. Valadés. Op. cit., pag. 292.

El general José Urrea con sescientos hombres, la mitad de ellos indios mayas que no entendían castellano, pasó el río Bravo frente a Matamoros el 17 de febrero y llegó hasta el río Nueces el 24. Aquí se advirtió de que estaba próxima una columna del enemigo, y seguía el avance con todas precauciones, encontrándose el 27 de febrero en San Patricio, en donde derrotó fácilmente a una partida del enemigo. El 2 de marzo logró otra victoria al emboscar al doctor Grant y su columna de sublevados. Esta acción resultó en la muerte de Grant y la mayor parte de sus hombres.

Rechazado el 14 de marzo por doscientos texanos en un ataque sobre la misión del Refugio, Urrea preparaba otro asalto para el día siguiente, pero el enemigo podía abandonar la misión por la noche durante un aguacero, retirándose a Colliad. Reforzado en este punto por los batallones al mando del coronel Morales, Urrea comenzó el ataque por artillería cuando se dió cuenta de que salía el enemigo hacia Victoria. En seguida tomó a 400 jinetes y partió en busca de los sublevados, a los que alcanzó en Encinal del Perdido el 19 de marzo.

James Fannin iba al frente de los texanos, que contaban unos 400 soldados, y formando de los carros un parapeto, se dispusieron a hacer una defensa. Y por

toda la tarde la hizo de una manera tan valerosa que aún las repetidas ataques vigorosísimos de los mexicanos fueron resistidos con buen éxito.

A la mañana siguiente Urrea recibió otros refuerzos y dos piezas de artillería que le hacía falta. Reanudada la batalla, los sublevados pronto veían que era imposible resistir más, por carencia de municiones, particularmente de artillería. Y se rendían, unos dicen a discreción y otros dicen con la garantía de las vidas de los texanos.

Enterado de los resultados de la acción del Encinal del Perdido, el general Santa Anna escribió a Urrea el 23 de marzo desde Béxar: "Me he impuesto con la más grata satisfacción de la última derrota que sufrieron los enemigos..... Reconozco a V. que se aprehendan y remitan a este cuartel general a tales delinquentes, excepto los que se cojan con las armas en la mano que han de ser castigados en el acto, con arreglo a lo mandado por el Supremo Gobierno."¹⁴

El mismo día Santa Anna se dirigió también al coronel Portilla, comandante de Saltillo: "Estoy impuesto de que existen doscientos treinta y cuatro prisioneros que ha remitido el Sr. general D. José Urrea, hechos en la acción de Encinal del Perdido.... y como el Supremo Gobierno tiene ordenado que los extranjeros que se tocan con las armas en la mano

haciendo la guerra a la nación, sean tratados como piratas, he estrafado que no se haya dado cumplimiento a la circular del mismo Supremo Gobierno..... por lo tanto ordene a V. S. la haga cumplir inmediatamente con todos esos extranjeros vendidos a fuerza de armas."¹⁵

Un escritor norteamericano dice de la matanza en Coliad: "La responsabilidad de este hecho horrible que totalmente sobre Santa Anna."¹⁶ Otro norteamericano se expresa con casi las mismas palabras: "La odiosidad de la carnicería queda completamente con Santa Anna. Él fué responsable por el decreto del Congreso mexicano declarando que los invasores fuesen tratados como piratas, porque el Congreso era sumiso a su voluntad.... se puede afirmar al crédito de la mayoría de los oficiales mexicanos que estaban disgustados por la barbaridad de Santa Anna, y algunos de ellos tenían la temeridad de expresar su vergüenza y su indignación."¹⁷ Y he aquí la opinión del general Urrea: "Soy muy desgraciado, puesto que a sangre fría se ha representado hoy aquí un cuadro que me ha horrorizado. En fin, el deber militar y la patria están de por medio. repito con mi conformidad con toda ansia con servir de verdugo, y de que se me manda matar más gente."¹⁸

Sin duda alguna, el Benemérito esperaba aterrorizar

15. Valadés, Op. cit., pag. 213.
16. Collicott, Santa Anna, pag. 133.
17. Alfred A. Williams, The Slaughter of Coliad, pag. 12.
18. Valadés, Op. cit., pag. 216.



a los sublevados en Texas por su crueldad: era una de las cosas que aprendieron allí en la campaña bajo Arredondo. Y en verdad él los aterrorizó por sus ejecuciones de los prisioneros del Álamo y de la acción de Encinal del Perdido. Pero al mismo tiempo que los aterrorizó, también los enfureció, y los hizo de ellos verdaderos tigres que pensaban sólo en vengar el asesinato de sus compañeros.

Y de la misma manera don Antonio conservó la otra ilusión que adquirió en esa campaña con Arredondo: la de que los insurrectos no podían pelear. Así, muy seguro de que el enemigo quedó en un estado de pánico y de que sus fuerzas no encontrarían más resistencia digna del nombre, Santa Anna, al recibir noticias de la muerte del presidente Barragán, quería regresar a la capital por mar, dejando en manos de sus subordinados la obra de completar la aniquilación de los rebeldes. Pero Filisola y los otros generales le pidieron quedarse con el ejército, y al fin decidió acabar con la guerra cuanto antes.

Entonces se puso en general en jefe más nervioso cada día. "Quiere terminar pronto, a todo trance. Se precipita por las praderas assoladas por los texanos en retirada, con un deseo loco de alcanzarlos y darles fin. Su desequilibrio le lleva de la incertidumbre a la confianza."

excesiva, de la depresión de ánimo a la alegría absurda. Hay tal carencia de normalidad en su mente, que los generales que le rodean y que tienen que obedecerle, confían, para triunfar, únicamente en la resistencia, el sacrificio, el valor de los soldados."¹⁹

El 11 de marzo salió de Béxar el general Ramírez y Sesma con setecientos hombres con intenciones de marchar sobre San Felipe de Austin. El mismo día marcharon los coroneles Salas y Morales a juntarse con el general Urrea en la costa. En esos días llegó a San Houston, generalísimo de las tropas texanas, la noticia del desastre del Álamo, y se puso en marcha hacia el norte, aparentemente con el propósito de atraer a los mexicanos hasta el río ^{Sabina} ~~San Antonio~~, en que punto esperó exigir apoyo del general Gaines, jefe de las fuerzas norteamericanas en la frontera.

Y Santa Anna, "llevado por su entusiasmo, por su loca ambición de gloria y sin dar reposo a sus tropas, se lanzó en persecución de Houston, sin volver la vista a los planes de éste, sino creyendo que se trataba de la fuga de un grupo de acobardados sin jefe, sin guía."²⁰ Después de poner en movimiento la brigada de Ramírez y Sesma y los refuerzos para Urrea, dispuso que saliese otra columna de setecientos

19. Muñoz, Santa Anna, pag. 121.

20. Valadés, Op. cit., pags. 220-21.

hombres bajo el general Gaxna rumbo a Nacogdoches. Dándose cuenta de que Houston se había estacionado en la margen oriental del Colorado para impedir el paso de Gaxna, Santa Anna envió a Tolsa con otra columna más para reforzar a Gaxna. También se dirigió a Gaxna que tomase el camino de San Felipe, con la misma intención de proteger a Gaxna en su paso del río Colorado. "Este movimiento, que de haber sido ejecutado con rapidez hubiese envuelto al general Houston, fué inspirado por el coronel Almonte, quien ya en varias ocasiones había extendido ante el general en jefe la carta del territorio de Texas."²¹

Enviando todavía más tropas bajo el coronel Amat hacia Gonzáles y San Felipe de Austin, Santa Anna dejó en San Antonio una pequeña guarnición y salió en persona para dirigir la campaña. Valadés dice que los efectivos del ejército mexicano que así inició la segunda parte de la guerra de Texas representaban un total de tres mil ochocientos, con otros ochocientos cincuenta en guarniciones, indicando una disminución en efectivos de más de dos mil doscientos hombres, entre muertos, herido y enfermos.²² Opuesto a los tres mil ochocientos soldados mexicanos era el ejército del general

21. Valadés, Op. cit., pag. 222.

Houston, contando unos ochocientos hombres, pero hombres determinados a vender cara sus vidas y la libertad a que pretendían.

Unidos a la columna de Samires y Saca, Santa Anna forzó la marcha a San Felipe de Austin, hasta donde llegó el 7 de abril, sólo para descubrir que la villa había sido quemada por los colonos antes de huirse. Pero allí recibió informes indicando que el gobierno de la llamada República de Texas estaba entonces en Harrisburg, distante unas diecisiete leguas. Inmediatamente concibió el plan de llegar allí inesperadamente y de capturar al presidente Burnet, al vicepresidente Lorenzo de Zavala y al Gobierno.

Salió cuanto antes con unos cientos de hombres y marchó toda la noche. Al día siguiente se presentó en Harrisburg con sólo quince dragones, pero quedó muy contrariado al saber que Burnet y todos los miembros de su Gobierno se habían escapado precipitadamente en un vapor que iba a llevarlos a Galveston. Envío al coronel Almonte con unos dragones a Nueva Washington, hasta donde llegó la columna de Santa Anna el 19 de abril.

Ya enterado de que el enemigo estaba cerca y dispuesto a dar batalla a los mexicanos, Santa Anna mandó al capitán Manuel Barragán que marchase con una partida de dragones hacia Lynchburg para observar

al enemigo.

Houston y sus hombres estaban frente a Harrisburg la noche del 13, habiéndose salido Santa Anna de ese lugar a las tres de la tarde del mismo día en su marcha a Nueva Washington. Al día siguiente por la tarde pasaron los insurrectos el canalizo de Buffalo, y ya hecha la cruzada encontraron a los dragones de Barragán, los cuales empezaron en seguida su regreso a Nueva Washington.

Barragán comunicó a Santa Anna la noticia de la presencia de los texanos, y el Benemérito, como poseído, montó su caballo y corría de un extremo a otro de la calle, atropellando a quien impedía su paso y gritando más o menos estas palabras: "Ya viene el enemigo! Ya viene el enemigo!" Muchos escritores afirman que este acto del general Santa Anna fué causado por miedo, pero el Sr. Muñoz señala que no era miedo, por una razón sencilla: "Cuando la tropa puede marchar, aunque sea en desorden, sin bagajes, sin esperar los pedidos refuerzos, sale a cazar al 'Cuervo'" (Houston).²³ Y añade el Sr. Valdés: "Aunque siempre ha sido notorio el propósito de presentar a Santa Anna como un cobarde, cuando se tuvo grandes y graves defectos, lo cierto es que entre esos defectos no contaba el de la cobardía."²⁴

23. Muñoz, Santa Anna, pag. 126.

24. Valdés, Op. cit., pag. 234.

A las dos de la tarde del 29 de abril Santa Anna se encontró frente al ejército texano, que estaba en una posición desventajosa, ya que tenía el arroyo de Buffalo a su espalda. Esa tarde se efectuó una acción no importante y al anochecer el general mexicano escogió para pernoctarse un lugar que sería mucho más desventajoso en caso de un ataque por el enemigo: a la derecha estaba el río San Jacinto, a la izquierda una llanura escueta, a la espalda las marismas de la bahía de Galveston. Pero Santa Anna nunca creía que el enemigo se atrevería a hacer una ofensiva. En efecto, creyó que tenía embotellado a Houston y su ejército. Sin embargo, obró esa noche con cuidado en las colocaciones de sus hombres para evitar la sorpresa.

A las nueve de la mañana del 31 se presentó el general Cos con quinientos refuerzos, pero en vista de que venían muy cansados a causa de haber marchado desde la noche anterior, Santa Anna los ordenó que se retirasen para descansar. Y reinó la tranquilidad por todo el campo mexicano hasta las cuatro de la tarde. El Benesérito y la mayor parte de sus soldados se dormían la siesta cuando de súbito cayó el golpe que en unos minutos trastornó la historia de la América del Norte y que cambió la suerte del general de división Antonio López de Santa Anna.

A eso de las cuatro de la tarde los texanos emprendían un avance sigiloso que los llevó por un bosque hasta que estaban casi sobre el campo mexicano. Entonces el general Houston hizo una señal y los insurrectos cargaban, gritando ferozmente. Totalmente sorprendidos, los durmientes mexicanos se despertaron a encontrar al enemigo ya sobre ellos. La resistencia organizada era imposible; unos oficiales, entre ellos Almonte, trataron de reunir los soldados para la defensa, pero era esfuerzo inútil. Pronto comenzaban los atacados a huir en desesperación hacia el río San Jacinto, sólo a caer en los pantanos y quedar víctimas de los balazos texanos. El pánico era tremendo, la matanza era espantosa.

Casi todos los escritores se ponen de acuerdo en que ese asesinato en masa de San Jacinto duró solamente unos minutos,²⁴ pero al menos hay un autor, el Sr. Olavarria, sostiene que la resistencia era tan vigorosa que duró hasta la noche y que en un momento el general Houston estaba a punto de retirarse.²⁵ De todos modos, en ese breve batalla perdieron los mexicanos la mitad de sus fuerzas entre muertos y heridos; los otros quedaron prisioneros de los texanos. Casi nadie logró escaparse de las patrullas que despachó Houston al día siguiente.

24. Valadés, pag. 239; Muñoz, pag. 126; Bancroft, pag. 171.
25. México a través de los siglos, tomo IV, pag. 371.

Y así fue perdida la batalla de San Jacinto.

Si no hubiera confiado Santa Anna tan ciegamente en su buena estrella, no habría sucedido. Si no se hubiera separado con pocos hombres del grueso de su ejército, no habría sucedido. Si no hubiera pernoctado la noche del 20 de abril en una posición que hizo imposible la retirada, no habría sucedido en tal forma. Si no se hubiera entregado con la mayoría de su tropa a la siesta esa tarde del 21, quizás no habría sucedido de ninguna manera. Pero la verdad es que sí sucedió esa catástrofe de San Jacinto. Y a partir del 21 de abril de 1836 cambió la suerte de Antonio López de Santa Anna. No más lo protegería su buena estrella.

No obstante, sin la captura del generalísimo mexicano el día 22, el revés sufrido por los mexicanos en San Jacinto no habría tenido mucha importancia. Las fuerzas bajo Urrea, Ramírez y Sesma y los otros jefes mexicanos eran todavía suficientes para derrotar por completo a la pequeña columna de Sam Houston. Pero la captura de Santa Anna resultó en la terminación de la guerra por la manera más ignominiosa posible para México.

No vamos a preocuparnos con todo lo que pasó a Santa Anna después de que le hicieron prisionero, porque eso es otro estudio que el de su carrera militar. Seguro que hay una gran tentación de presentar al menos unas de las cosas que el Benemérito tuvo que soportar durante su cautiverio, pero, por interesantes que sean, tenemos que privarnos de

su narración.

Llevado ante el general Houston después de su captura por Joel W. Robison y otros cinco texanos,²⁶ Santa Anna, según varios escritores, pidió opio para calmar sus nervios. Muchos autores afirman también que le felicitó al generalísimo texano por haber vencido y capturado al "Napoleón del Oeste", pero el Sr. Valadés ataca esta declaración con vigor.²⁷ Sea lo que sea, en la conferencia que hubo entre los dos generales, Santa Anna se negó a rendir todas sus fuerzas, no aceptando más que un armisticio. No obstante, amenazado por muchos de los texanos que querían fusilarle, consintió en dictar unas comunicaciones que tenían el efecto de poner fin a la guerra. Dirigió al general Filisola un oficio ordenando que el general Gaca contramarchase a Béxar a esperar órdenes y que el general Urrea se retirase a Victoria, "pues se ha acordado con el general Houston un armisticio (eso no era verdad), ínterin se arreglan algunas negociaciones que hagan cesar la guerra para siempre."²⁸ En otras cartas mandó a Filisola que pusiese en libertad a los prisioneros encerrados en Goliad y que no hiciese en la retirada ningún daño en las propiedades de los texanos.

Al recibir dichas órdenes, el general Filisola se encontró en verdadero estado de perplejidad. Tenía la decisión de un consejo de guerra al obedeció las órdenes de un prisionero de guerra. Pero, al contrario, si no se retirase, los texanos sin duda matarían a Santa Anna, lo que traería

26. J. H. Kirkendall, Reminiscences of Early Texans, page. 9-10.

27. Valadés, Op. cit., page. 240-42.

28. México a través de los siglos, tomo IV, pag. 371.

sobre él (Filisola) la ira de gran parte del pueblo mexicano. Al fin el pobre Filisola, "nativo de Italia, sin personalidad de combatiente en el ejército mexicano, tipo de burócrata, carente de iniciativa, timorato y complaciente,"²⁹ determinó cumplir las órdenes de Santa Anna, a pesar de las protestas del general Urrea, si hemos de creer la declaración de un escritor norteamericano.³⁰

Y las fuerzas mexicanas evacuaron Texas en una retirada penosísima, terminando así la parte militar de la guerra contra los sublevados de Texas. "Más que el ejército de Houston, a aquellos hombres los había derrotado Texas con sus llanuras y sus ríos, con sus pantanos y sus bosques, con sus desiertos y su clima. ¡qué de marchas y de fatigas y qué de hambre y qué de lluvias y qué de plagas habían tenido que soportar los soldados del ejército mexicano! La mayor parte de las bajas de los mexicanos las causaron el clima, la fatiga, la desnutrición, la miseria."³¹

Seguramente, todas esas cosas eran factores en el gran fracaso de los mexicanos en Texas, pero asimismo es innegable que otro factor todavía más importante era el mismo Santa Anna. A no ser por su precipitación, su descuido, su aversión de oír y respetar el consejo de sus generales, México no habría sufrido la pérdida de Texas en 1836. Quizá lo habría perdido más tarde de todos modos, por la agresión del "Coloso del Norte," pero eso es otra cosa.

¿Qué debemos entrar, pues, respecto a la guerra de

29. Valadés, Op. cit., pag. 246.

30. Callcott, Santa Anna, pag. 142.

31. Valadés, Op. cit., paga. 254-55.

Texas, en el récord militar de Antonio López de Santa Anna? Una labor magnífica de organización, considerando las dificultades; una marcha difficilísima hasta el campo de batalla en Texas, durante la cual animó a sus hombres, comunicándoles su entusiasmo; una campaña para él bien concebida, que no se llevó a cabo debido a su impaciencia y su falta del cuidado esencial en el militar; una derrota completa y sin excusa que resultó en la primera desmembración de la entonces vasta república de México; y, de las acciones que dirigió en persona, una victoria, la del Álamo, en la que echó a cuatro mil hombres contra doscientos, sacrificando en el proceso unos cientos de los suyos y aniquilando al enemigo de una manera bastante inhumana.

LA GUERRA DE LOS PASTELIS

Liberado al fin por los texanos, Santa Anna visitó a Washington para una conferencia con el presidente Jackson. Después embarcó para Veracruz, hasta donde llegó el 23 de febrero de 1837, recibiendo allí una ovación triunfal. Se retiró a su hacienda Manga de Clavo, y allí permaneció durante dieciocho meses, dictando partes de la campaña de Texas y afirmando que "el término de mi carrera política ha llegado." En verdad sólo esperaba el momento propio para reingresarse en la vida pública, pues mucho ambicionaba sanchar lo ocurrido de Texas.

El 16 de abril ^{de 1838.} una escuadra francesa declaró el bloqueo de todos los puertos mexicanos, porque el gobierno de México no quería pagar unas reclamaciones de los franceses de seiscientos mil pesos, por motivo de varias indignaciones sufridas por franceses residentes en México. Entre las reclamaciones era la de monsieur Remontel, de cuya panadería y pastelería en Tacubaya unos oficiales habían robado todos los pasteles en una noche de juerga. De este hecho viene el nombre de la guerra que resultó: La Guerra de los Pasteles.

Por siete meses se prolongó ese bloqueo, con consecuencias espantosas para los ingresos del gobierno. Entretanto el general Manuel Rincón fue enviado a Veracruz a preparar la plaza para la defensa. Hubo una conferencia entre el contraalmirante francés Baudin y el ministro mexicano Cuevas, de la cual no se pactó ningún acuerdo. Y el 27 de noviembre los franceses comenzaban a bombardear el viejo castillo de Ulúa, incapaz de

defenderse de los ciento cincuenta cañones y morteros de la escuadra francesa.

Y el general Antonio López de Santa Anna, descansándose en su "pacífico retiro", oyó a lo lejos los cañonazos. Desde luego vió su oportunidad de vindicarse, de hacerse héroe otra vez. Montó su caballo blanco, salió a todo galope, se presentó en Veracruz ante el general Rincón, su viejo enemigo, ofreciéndose a éste en cuanto podía ser útil. Rincón se mostró curioso de saber la condición de Ulúa, y Su Excelencia el general Santa Anna embarcó en un pequeño barco con sólo dos remeros. Llegó al castillo en el momento en que el general Caena y todos sus oficiales firmaban la capitulación, estando inservibles todos los cañones, tanto por falta de municiones como por daño hecho por los franceses. Excusándose de firmar la capitulación por no haber participado en la defensa, Santa Anna regresó a la ciudad y comunicó a Rincón las noticias de la rendición de Ulúa.

Rincón estaba a punto de evacuar la ciudad cuando Baudin propuso que se suspendiesen las hostilidades por ocho meses, conservando los mexicanos 1.000 hombres en Veracruz para preservar el orden. Rincón aceptó, y Santa Anna comprendió el retorno a su hacienda.

Pero el 30 de noviembre el presidente Bustamante anunció su desaprobación del tratado y la declaración de guerra a los franceses. Y el Vencedor de Tampico fué nombrado al mando de las fuerzas mexicanas.

Santa Anna se encargó de la defensa de Veracruz el 4 de diciembre a las once de la mañana. Por la tarde se presentó el general Mariano Ariata, enemigo de don Antonio desde la farsa de 1832 en que el presidente Santa Anna quedó prisionero de los que lo vitoraban como dictador. Fuera de la ciudad Ariata tenía 1.000 hombres, y Su Excelencia, abrazándolo, mandó que esas fuerzas entrasen en la plaza durante la noche. Pero Ariata, todavía resentido, no cumplió la orden.

A eso de las cinco de la mañana del día 5 desembarcó bajo la protección de una densa niebla una expedición francesa enviada a apoderarse de los baluartes de Santiago y de la Concepción y, de más importancia, a hacer prisionero al general Santa Anna. La toma de los baluartes no era cosa muy difícil pero la captura de Su Excelencia no se efectuó. Encontrándose en situación de la mayor peligro y recordándose de su cautiverio en Texas, el Benemérito brincó de su cama, recogió su uniforme y bajó la escalera, logrando evadir en toda la conmovición a los franceses ya en la puerta de la casa.

Mayendo por las calles de la ciudad, llegó a unos de los cuarteles, en donde excitó a los soldados. Después de haber reunido a un número considerable de hombres, Santa Anna iba en busca de los franceses, cuyo comandante era el Príncipe de Joinville, hijo del rey de Francia. El Sr. Muñoz dice que se encontraron, "buen sitio, en la calle de las Damas," y que "por tres horas se echan balazos de un extremo a otro de la calle."¹

1. Muñoz, Santa Anna, pag. 154.

Hay otros escritores que afirman que Santa Anna no entró en el combate hasta que se reembarcaban los franceses.² Pero al menos ya estaba don Antonio al frente de su tropa cuando los mexicanos avanzaban sobre el muelle. A la bayoneta sus hombres iban a lanzarse sobre los invasores, pero de súbito éstos dispararon un cañón de a ocho, cargado con metralla. Cayeron una veintena de mexicanos, entre ellos el Benemérito.

Ya que Baudin pronto se puso a bombardear la ciudad después de la retirada de los franceses, el ensangrentado Santa Anna, al recobrarse de su desmayo, ordenó la evacuación hasta Positos, muy cerca de Veracruz. Desde ese punto dictó su parte al presidente, pretendiendo una gran victoria e insinuando que seguramente iba a morir de su herida. Sin duda, Santa Anna sufrió bastante de esa herida que le costó la pierna izquierda y un dedo de la mano izquierda, pero apuesto que dentro de sí Su Excelencia bendecía dicha herida, pues él adivinó perfectamente que por ella iba a vindicarse y hacerse de nuevo el héroe de la república. Dijo en su parte de quince páginas: "Probablemente, ésta será la última victoria que ofrezca a mi patria..... Al concluir mi existencia no puedo dejar de manifestar mi satisfacción que también me acompaña de haber visto principios de reconciliación entre los mexicanos..... Pido también al gobierno de mi patria que en estos mismos momentos sea sepultado mi cuerpo..... Los mexicanos todos, olvidando mis errores políticos, no me nieguen el único título que quiero donar a mis hijos: el de Buen Mexicano."³

2. Callicott, Op. cit., pag. 138; Bancroft, Op. cit., pag. 199.

3. México a través de los siglos, tomo IV, pag. 427.

Y Santa Anna, el jugador empedernido, había ganado otra vez, porque el pueblo, en cuanto se publicó su parte, derramó lágrimas, y todas sus aberraciones quedaron olvidadas. Sin victoria importante, si bien no era sin victoria alguna, el increíble Santa Anna, por su admirable conocimiento de lo dramático y por su habilidad en exagerar sus hazañas, volvió a lograr que sus conciudadanos le considerasen el gran militar de México.

En el mes de marzo de 1839 el presidente Anastasio Bustamante se vió obligado a marcharse al frente de sus tropas a batir a los generales Urrea y Mejía, pronunciados en Tampico. Y "el mutilado salvador de la Patria," Antonio López de Santa Anna, fué llamado a ocupar interinamente la silla presidencial. Pronto manifestó Su Excelencia las tendencias dictatoriales que más tarde iban a convertir en odio la adulación del pueblo. Clausura de varios periódicos. Persecución de cualquier persona que de cualquier manera turbase la tranquilidad pública.

Acercándose a Tampico, Bustamante se descubrió engañado, pues Urrea y Mejía se habían trasladado por mar a Veracruz, desde donde emprendieron la marcha sobre la capital. Era en momentos tales como aquél que Santa Anna sabía lucirse, desplegando su enorme poder de actividad y de organización. Salíó hacia Puebla con cuantos hombres podía reunir, y al llegar a esa plaza supo que la guarnición estaba a punto de juntarse con los rebeldes. Entonces Su Excelencia, exhibiendo dramáticamente su pierna trunca, pronunció un discurso a los soldados y a la multitud, hablando como siempre de "la última gota de su sangre." Tal era su persuasión que dentro de unos minutos toda la ciudad se había vuelto santanista.

El 3 de mayo los rebeldes atacaron a las tropas gobiernistas en Acajete, cerca de Puebla. El general Gabriel Valencia tuvo el mando de los soldados del gobierno y animó a los suyos para

que rechazasen todas las cargas de los insurrectos. Al fin hizo Valencia una carga con su caballería que resultó en la derrota y huida del enemigo. Santa Anna no se presentó en el campo de batalla sino en los momentos de la huida, pero realmente debe gozarse de la gloria de esta victoria, pues era suyo el plan de operaciones y ganó personalmente la ciudad de Puebla. En la acción de Acajete el general Mejía cayó prisionero y fué fusilado.

El 8 de mayo Su Excelencia hizo una entrada de veras triunfal en la capital, entre salvas, repiques y vivas. Y el 16 de julio entregó el Poder Supremo al general Nicolás Bravo y partió rumbo a Manga de Clavo.

Pasó un año y entonces se sublevó de nuevo el general Urrea, esta vez en la capital. Logró aprisionar a Bustamante, y pronto apareció Gómez Farías a secundar el pronunciamiento. Los generales Almonte y Valencia organizaron a las tropas del gobierno, y resultaron doce días de combate en las calles de la capital. En esos momentos llegó a la ciudad de México la noticia de que venía Santa Anna de Veracruz con 1.000. Lo que no comunicó el Benesárito era cuál de los dos partidos iba a recibir su ayuda. Así es que ambos partidos esperaban su llegada con ansiedad. Quizás el mismo don Antonio no sabía por cierto a quiénes de ellos daría su apoyo. Al fin anunció que se portaría al gobierno, y sin combate los sublevados capitularon. Volvió a irse Gómez Farías al destierro.

Otro año más ha pasado. En Guadalajara se sublevó el 4 de agosto de 1841 el general Mariano Paredes Arrillaga. Tam-

PRESIDENTE.....DICTADOR.....DESTRUADO



E. DE VERANO

bién se pronunció el general Valencia. Bustamante sospechó que esas insurrecciones fueron inspiradas por Santa Anna, y trató de entregar el mando del castillo de Perote a unos oficiales de su confianza. Pero el caudillo veracruzano se apoderó del castillo y acusó al presidente de haber violado la Constitución, añadiendo que, "en consecuencia, no reconoce al citado general como jefe del ejército ni como presidente de la República."¹

Pronto pasó Santa Anna a Puebla, y de allí se marchó hasta Tacubaya, en donde se inició por sus fuerzas y las de Bustamante una batalla que duró esporádicamente casi un mes. En desesperación el gran centralista Bustamante se volvió federalista el 30 de septiembre. Pero ya era demasiado tarde y el ardor no tuvo ninguna suerte. El 6 de octubre se firmó un convenio en la Prana de la Estanquela, conforme al cual pasó Bustamante al destierro. Y una vez más fué nombrado presidente el general Antonio López de Santa Anna.

El Bonemérito gobernó, siempre con más características del tirano, hasta el 26 de octubre de 1842, cuando fingió enfermarse y entregó la presidencia al general Nicolás Bravo. Pero el 5 de marzo del año siguiente lo encontramos otra vez ocupando la presidencia. El 4 de octubre, no deseando lidiar más con los mil problemas de toda clase, Su Excelencia nombró presidente substituto al general Valentín Canalizo. Y tantas fueron las protestas y quejas contra el gobierno del substituto que don Antonio regresó por octava vez a la presidencia el 4

1. México a través de los siglos, tomo IV, pag. 466.

de julio de 1844. Murió la esposa del general, doña Inés de la Paz, y Santa Anna renunció otra vez la presidencia, dejándola en manos del mismo Canalizo. Despre de poco el Benemérito se casó por segunda vez, con doña Dolores de Tosta.

El general Paredes Arrillaga inició otro levantamiento. Pronto se puso Santa Anna en marcha hacia Jalisco, en donde estaban los rebeldes. Se olvidó de pedir permiso al Congreso, porque nunca podía ningún permiso de nadie. Los ofendidos diputados clamaban y pretendían quitarle el mando. Canalizo disolvió el Congreso, y luego se pronunció la guarnición de la capital. El Congreso nombró (6 de diciembre) presidente al general José Joaquín de Herrera. Santa Anna, ya cometiendo arbitrariedades en Querétaro, determinó volver a la capital con fin de dominar primero a los insurrectos allí. Antes de su llegada frente a la capital los generales Bravo y Álvarez se juntaron a la revolución, y Su Excelencia no se atrevió a atacar a los rebeldes que ya se habían apoderado del gobierno. Retrocedieron los 12.000 soldados de Santa Anna hacia Puebla, mas ni podían posesionarse de esa ciudad en varios días de combate, aunque los defensores no eran numerosos. Dándose cuenta de que Bravo, Paredes y Álvarez se acercaban a Puebla, don Antonio ordenó otra retirada, y se puso en comunicación con Herrera, esperando arreglar una capitulación muy favorable. Herrera demandó una capitulación a discreción, y entonces el gran general Santa Anna, careciendo de la energía y la resolución de los años anteriores, vaciló y al fin mandó otra retirada.

Sólo pensaba ahora en escaparse. Viendo que había perdido por tantas retiradas la confianza de su tropa, decidió huirse. Pidió al general José Rincón un salvoconducto hasta Veracruz, pero no lo recibió, pues Rincón ambicionaba su captura.

Por dos días el Salvador de la Patria andaba perdido en el bosque con tres ayudantes. Entrando por fin en el pequeño pueblo de Xico, fué reconocido y encerrado, pasando como prisionero a Jalapa al día siguiente y después a Perote.

Y el 3 de junio de 1845 el Benemérito de la Patria, Antonio López de Santa Anna, se embarcó en la Antigua rumbo a la Habana, desterrado "para siempre."

LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

1846. La guerra que culmina las maquinaciones de los presidentes anexionistas de Estados Unidos. Por un lado del río Bravo se llama guerra con México, por otro lado se llama guerra con Estados Unidos. En verdad sólo es una guerra de agresión.

Palo Alto. Resaca de la Palma. Matamores. El general Zacarías Taylor viene ahuyentando a las tropas del general Mariano Arista, que es destituido al llegar a Monterrey. Otros trastornos políticos. Suceden a la presidencia Paredes Arrillaga, Mariano Arista. Reina la anarquía. Con el invasor ya marchando hacia la capital, los políticos combaten entre sí, olvidando a la Patria. No hay preparaciones para la defensa, pues no hay quién puede o quiere hacerlas. Pero en estos momentos regresa al país el gran organizador, el mismo Santa Anna, el "hombre detestado, pero al parecer indispensable."¹

El Benemérito llegó a la capital el 15 de septiembre, reunió cuanto dinero pudo, y salió el 22 a San Luis con objeto de organizar su ejército. En camino recibió las noticias de que en Monterrey había capitulado Ampudia después de resistencia heroica. Una vez en San Luis se puso a fortificar la ciudad y a armar y organizar a los quince mil hombres que ya se habían reunido. Más caos político. No pudo Santa Anna obtener del gobierno dinero con que dar a comer a sus soldados. Descontento por todas partes. Quejas contra Santa Anna. Acusaciones contra el mismo. ¡Traidor! Al fin, disgustado y exasperado con el

1. Muñoz, Santa Anna, pag. 176.

gobierno (ya era presidente Gómez Farías), salió de San Luis con su tropa el 28 de enero de 1847, rumbo hacia el Norte.

Penalidades terribles. Frío, lluvia, calor, desierto, falta de agua. Miles de cadáveres marcan la ruta hacia donde espera Taylor, completamente preparado y reposado.

Al fin, ese ejército mexicano hizo una jornada doce leguas para enfrentarse al enemigo, y esa misma tarde ocupó antes de anochecer un cerro por cuya posesión tuvo que luchar brillantemente. Y su único premio era pasar la noche a la intemperie, sin comer y sin beber más que la lluvia que descendió toda la noche.

Y al día siguiente, el 23 de febrero de 1847, ocurrió en ese lugar la batalla furiosa de La Angostura. Era la batalla más grande de la vida militar del general Santa Anna, y era además su última oportunidad de ganar una batalla importantísima y así hacerse gran militar. Casi lo consiguió.

Los americanos principiaron la acción del 23 con un asalto del cerro ocupado por los mexicanos. Fracasó. Entonces los mexicanos, animados por Santa Anna, que estaba en todas partes y totalmente descuidado del peligro, batían como demonios. Cargaron y se apoderaron de dos líneas de los cerros de los americanos; más tarde ocuparon todavía otra línea. Una carga hermosa de lanceros. Captura de unas banderas del enemigo y de un cañón. Parecía que los mexicanos iban a obtener gloriosa victoria. Pero se agotó su energía. Sus hombres acabados no pudieron más. Y venía un aguacero que puso término a la acción.

Para el ejército mexicano la retirada era precisa por varias razones. La lástima es que los hombres de Santa Anna no podían quedarse en sus posiciones, porque a la mañana siguiente el general Taylor preparaba su propia retirada, no llevada a cabo debido a que el enemigo ya había iniciado su marcha hacia el Sur. El retorno a San Luis Potosí era todavía más penoso que la marcha a La Angostura. Deserciones. Miles de desertores. Tifo, disentería, hambre, frío. Miles de cadáveres. De modo que pasó la misma cosa que en la retirada de Texas: se descompuso un ejército bastante magnífico (dándose cuenta de todas las circunstancias) y se convirtió en una multitud desordenada. El 9 de marzo entró esa chusma en San Luis.

La batalla de La Angostura no era victoria americana; ni era victoria mexicana, por poquito que faltase de serla. Aquí no vamos a acusar a Santa Anna por su dirección de la batalla. Se dice que sólo el mal generalato del comandante mexicano impidió la derrota de los americanos,² pero ello es que la mala condición de la tropa mexicana y la falta de alimentos entraron a los americanos de una derrota que tal vez pudiera dar fin a la guerra. ¡Qué gloria hubiera sido la de Santa Anna si había vencido así al enemigo, evitando a la vez la pérdida posterior de tanto territorio nacional! Así casi podríamos olvidarlo sus faltas y fracasos anteriores y denominarlo "Gran Militar".

El gobierno de Estados Unidos determinó enviar a México a otro general, Winfield Scott, con un ejército que había de desembarcarse en Veracruz y marcharse de allí hasta la capital.

.....
2. Bancroft, Op. cit., tomo V, pag. 427.

De nuevo en la capital, Santa Anna hizo su noveno juramento como presidente, y a los pocos días salió hacia Veracruz a oponerse al avance de Scott. Contrariando los consejos de sus ingenieros, Santa Anna determinó esperar a los americanos en Cerro Gordo. Comenzó la batalla el 17 de abril y, batiendo herosamente, los mexicanos defendieron todas las posiciones sin perder ninguna. Pero con el día 18 llegó otro desastre. Tomado en una acción raída el cerro de "El Telégrafo", los americanos lograron espantar a unos cuerpos mexicanos. Éstos retrocedieron, desmoralizándose así a todo el ejército, que en seguida cayó en completa desorden, resultado de la obstinación de Su Excelencia en escoger un lugar impropio.

Una vez más Santa Anna, el gran organizador, levantó nuevas tropas, reunió uniformes, dinero, parque, todos los elementos de la guerra. Entonces se fortificó en El Peñón, posición tan fuerte que con razón esperaba rechazar al enemigo. Pero Scott, viendo que el asalto de El Peñón casi sería imposible, hizo una vuelta y se acercó a la ciudad de México pasando a las márgenes de los lagos, maniobra que con la debida anticipación pudiera evadir Santa Anna con un puñado de hombres.

Ahora, la defensa de la ciudad misma. Padirna, 19 de agosto. Las narraciones difieren entre sí respecto a lo que pasó en esta batalla. Unos escritores quieren culpar al general Valencia,³ mientras otros acusan a Santa Anna.⁴ Lo indiscutible es que Valencia desobedeció unas órdenes de su jefe. Lo discutible es si se perdió la batalla a causa de esta insubordinación o debido

3. Calhoun, Santa Anna, pag. 267.

4. Muñoz, Santa Anna, pag. 212.

a la omisión de Santa Anna de reforzar a Valencia. La discusión se centraliza en un momento decisivo de la batalla en el cual llegaron las fuerzas de Santa Anna a una loma cercana. Su proximidad puso entre dos fuegos a una brigada americana, y se dice que si la había atacado Santa Anna sin demora, hubiera resultado una derrota americana que fácilmente pudiera hacerse una desastre absoluta. Mas no avanzó El Benemérito. Unos dicen que ya era las cinco y media de la tarde y que llovía fuertemente, por lo cual no podía realizar Santa Anna ningún movimiento provechoso. Pero otra opinión tiene el Sr. Muñoz.

"Es el instante en que culmina la guerra: si Santa Anna desenvaina su espada y da orden de cargar, primero la columna americana que tiembla de incertidumbre en el bosque, y después Scott con todo su ejército, tienen que retroceder en medio de centenares de carros que obstruyen el camino, abandonando todo el valle de México, hasta Puebla o quizá hasta el mar. Por eso el general americano ha caído en la desesperación y se arranca mechones de cabellera... que se tranquilice: la espada de Santa Anna duerme la siesta, como en San Jacinto.

"Es también el instante en que la actitud del generalísimo tiene todos los relieves de la traición. Odia a Valencia, que se le ha insubordinado. ¿Pero la suerte de un país debe estar supeditada a las relaciones entre dos hombres? No medita. Como en todas las ocasiones de su vida, se deja llevar por el primer impulso. Entre la derrota del invasor y la derrota de Valencia, prefiere la de Valencia. Entre la gloria para los dos y la ignominia para él sólo, prefiere la ignominia. Voluntaria e

involuntariamente, es un traidor. Cuando menos, un traidor pasivo."⁵

Churubusco. En el momento en que avanzaban los americanos, Santa Anna pasó por allí. Y ordenó la retirada de sus 5.000 tropas, dejando para la defensa del convento a 600 voluntarios bajo los generales Pedro María Anaya y Manuel Rincón. Éstos hicieron una de las más nobles resistencias que se puede imaginar. ¿Cómo hemos de juzgar este hecho de parte de Santa Anna? ¿Traición, torpeza, inhabilidad, o qué?

Armisticio que no dura mucho tiempo. Otras hostilidades. Molino del Rey. Pelea magníficamente al coronel Manuel Rehegaray, pero los otros jefes mexicanos no le refuerzan y unos se retiran. Entre ellos que presenciaban la batalla sin participar en ella era Santa Anna, que desde luego y como siempre echó la responsabilidad sobre otros. ¿Traición, torpeza, inhabilidad?

El asalto de Chapultepec, 13 de septiembre. Al mando de los defensores, el general Nicolás Bravo. Al mando de la reserva de 5.000 hombres, el general Antonio López de Santa Anna. Se portaron Bravo y sus "niños héroes" de la más valiente manera posible. Santa Anna y sus reservas se retiraron sin disparar un solo tiro. ¿Traición, torpeza? ¿O cobardía?

Los tratados de Guadalupe Hidalgo. México cede 1.350.000 kilómetros cuadrados de su territorio. "Nadie en América ha perdido lo que Antonio López de Santa Anna."⁶ Y "el pueblo oree y creará siempre que ha sido la traición, y no los ameri-

5. Muñoz, Santa Anna, págs. 212-13.

6. Ibid., pag. 225.

canos, la que lo ha vencido."7

Otra vez va el Benemérito al destierro.



DE VERANO

CONCLUSION

Con la guerra entre México y Estados Unidos concluimos el estudio de la carrera militar de Antonio López de Santa Anna. Es verdad que salió a la campaña dos veces más, hacia el fin de su última dictadura en 1855, cuando se sublevaron Juan Álvarez y Ignacio Comonfort. Pero realmente no peleó en esas campañas, porque los rebeldes siempre se retiraron en cuanto se acercó Su Alteza. Por eso nunca podía dominar a los sublevados. Además, en 1855 no era el mismo Santa Anna que de antes: tenía ya más de sesenta años, y le faltó la iniciativa. Después de estas campañas desventuradas, renunció la presidencia y partió por última vez al destierro, y no volvió a su país hasta 1874, dos años antes de su muerte.

Vamos, pues, que la carrera militar de Santa Anna duró desde 1810 hasta 1855, aunque sus actividades de mayor importancia ocurrieron entre 1821 y 1848. Se puede decir que en esos veintiocho años estaba haciendo la guerra casi constantemente, peleando contra españoles, franceses, texanos, estadounidenses, mexicanos.

En la Introducción de esta tesis, se expresó la intención de demostrar que Santa Anna no era gran militar, a pesar de que hoy tiene tal reputación casi por todas partes, especialmente fuera de México. Y pronto añado que éste no es un caso del profeta sin honor en su propio país.

Considero que el objeto de la disertación se ha cumplido. Me parece que no es necesario hacer nada más, ni siquiera una

recapitulación. Los hechos hablan para sí. No obstante, podemos hacer unas pocas observaciones para concluir.

Claro que poseía Santa Anna unas buenas características militares. Elogiemos otra vez su destreza extraordinaria para la organización y su energía asombrosa. Además, sabía animar maravillosamente a sus hombres. Era un líder; de eso no cabe lugar a dudas. Hay pocas instancias en que no mostré gran coraje. Pero sus mejores armas, tal vez, en su asalto sobre la gloria eran la habilidad de aprovecharse de cualquier oportunidad y el arte de lanzar proclamas inflamatorias y muy favorables para sí.

En cambio, existían en Santa Anna muchas faltas militares. Despreciaba la estrategia, desconocía la ciencia de hacer la guerra, no escuchaba el consejo de sus subordinados, era cruel, arbitrario y descuidado. Jugador en todas las cosas, a veces sufrió militarmente por este vicio.

Pero lo que más se nos impone en la consideración de Santa Anna como militar es que casi nunca salió victorioso del campo de batalla. Y por las victorias se juzga el militar. Triunfó en varias de sus muchas revoluciones, pero comúnmente sin haber obtenido victorias. En efecto, su mayor gloria vino de guerras en las cuales no logró triunfos. Repulsó a los españoles en Tampico en 1829 sin victoria de importancia; recreó su fama en 1838 a costo de los franceses y de un pie, pero sin victoria.

No obstante las muchas faltas y los grandes fracasos de Santa Anna, persiste la idea que realmente era gran militar. La prolongación de este mito constituye una de las maravillas de la historia de México. Además, es la tributa suprema que se puede pagar a la personalidad de ese curioso personaje, el general de división don Antonio López de Santa Anna, claramente es "uno de los más notables caracteres que presentan las revoluciones americanas."

BIBLIOGRAFÍA

- Alamán, Lucas, Historia de México; México, 1849-52. Tomo V.
- Bancroft, H. H., History of Mexico; San Francisco, 1886. Tomos IV y V.
- " , History of the North Mexican States and Texas; San Francisco, 1889. Tomo II.
- Callcott, Wilfrid M., Liberalism in Mexico, 1837-1929; Stanford Univ. Press, 1931.
- " , Santa Anna; Norman, Okla., 1936.
- Cuevas, Mariano, S.J., Historia de la Iglesia en México; El Paso, 1928. Tomo V.
- Chávez Orozco, Luis, La gestión diplomática del Doctor Mora; México, 1931.
- Calderón de la Barca, Madama, Life in Mexico; Londres, 1843.
- Estrada, Genaro, Don Juan Prim y su labor diplomática en México; México, 1928.
- Grant, U. S., Personal Memoirs of U. S. Grant; New York, 1865.
- Hanighan, Frank C., Santa Anna, the Napoleon of the West; N. Y., 1934.
- James, Marquis, The Raven, a Biography of Sam Houston; Indianapolis, 1929.
- Junco, Alfonso, Un siglo de México; México, 1934.
- Kelley, Francis C., Blood-Drenched Altars; Milwaukee, 1935.
- Mayer, Brantz, Mexico: Aztec, Spanish, and Republican; Hartford, 1853.
- Manfield, Edward D., The Mexican War; Philadelphia, 1852.
- Muñoz, Rafael F., Santa Anna; Madrid, 1936.
- Pereyra, Carlos, Tejano; Madrid, ?



Peña y Reyes, Antonio de la, La Primera Guerra entre México y Francia; México, 1927.

Riva Palacio, Vicente, y otros, México a través de los siglos; Barcelona, ?

Sheridan, P. H., Personal Memoirs; New York, 1888.

Sherman, W. T., Memoirs of Gen. W. T. Sherman; New York, 1889.

Toro, Alfonso, La Iglesia y el Estado en México; México, 1927.

Teja Sabra, Alfonso, Guide to the History of Mexico; México, 1935.

Valdés, José G., Santa Anna y la Guerra de Texas; México, 1936.

Wyllis, Rufus May, The French in Sonora (1850-54); ? 1932.

Xanxois, Niceto de, Historia de México; Barcelona, 1878-1903.

Folleto y Artículos:

Folleto publicado por el Union National Bank de Houston, Texas, 1927-28:

The Battle of San Jacinto, as reported by Santa Anna and Delgado of the Mexican forces, and by Houston, Rusk, and Bryan of the Texas forces.

Kuykendall, J. H., editor, Reminiscences of Early Texans.

Williams, Alfred H., The Massacre of Goliad

Duval, J. C., The Story of an Escape from the Massacre at Goliad

Bennett, Miles C., The Battle of Gonzales.

Jones, C. Anson, Early History of Harris County, Texas.

Walters, Jacob P., Lawsen's Men and the Mier Expedition.

Houston and Galveston in the Years 1837-38.

Crane, R. C., Santa Anna and the Aftermath of San Jacinto, Artículo en West Texas Hist. Ass'n. Year Book, tomo XI, páginas 56-61; 1935